

TEMAS TOLEDANOS

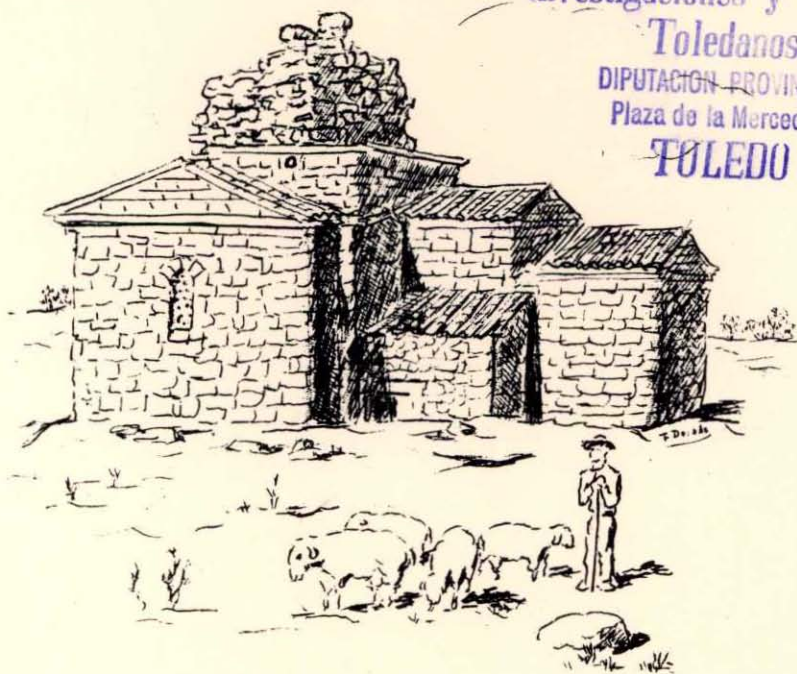
Por tierras de Montalbán

Instituto Provincial
DE

Investigaciones y Estudios
Toledanos

DIPUTACION PROVINCIAL
Plaza de la Merced, 4

TOLEDO



56

Pedro Guerrero Ventas

TEMAS **TOLEDANOS**

director de la colección

Julio Porres Martín - Cleto

subdirector

José Gómez - Menor Fuentes

consejo de redacción

José María Calvo Cirujano, José Gómez - Menor Fuentes,
Ricardo Izquierdo Benito, Ventura Leblíc García y
Fernando Martínez Gil

colaboradores

Rafael del Cerro Malagón, Fernando Dorado Martín y
Julio Porres de Mateo

administración

I.P.I.E.T.
Diputación Provincial
Pza. de la Merced, 4 - Telf. 22 52 00
TOLEDO

Pedro Guerrero Ventas

POR TIERRAS DE MONTALBAN
Evocaciones y recuerdos en torno a
Santa María de Melque

Publicaciones del I.P.I.E.T.

Serie VI. Temas Toledanos.

**Los dibujos que ilustran este número son debidos
a Fernando Dorado Martín.**

Depósito Legal: TO. 2.088/1988

ISBN: 84-87103-01-4

Imprime: Ediciones Toledo, S.L.

INSTITUTO PROVINCIAL DE INVESTIGACIONES
Y ESTUDIOS TOLEDANOS

Pedro Guerrero Ventas

POR TIERRAS DE MONTALBAN
Evocaciones y recuerdos en torno a
Santa María de Melque



Toledo
Diputación Provincial
1988

INTRODUCCION

MELQUE: un complejo histórico-artístico tan sencillo y evocador como sus orígenes visigótico-mozárabes; una estructura arquitectónica tan fuerte como para luchar contra las posibles amenazas musulmanas; un enigma y misterio como los Templarios que frecuentaron sus alrededores; una apertura y remanso de paz conventual como la característica de los blancos Cistercienses que allí se santificaron; una lección permanente de devoción a Santa María; un olvido multiseccular de una joya de la más pura construcción de estilo hispano; un abandono público y privado que le hizo ver a Antón Gómez, escribano público de Carpio de Tajo, a fines del siglo XVI, que estaba casi sepultada; un descubrimiento excepcional, que anuncia D. Manuel de Muncharaz, de La Puebla de Montalbán, en 1788 y publica por doquier el Conde de Cedillo a principios de nuestro siglo; una dehesa casi yerma que hace pajar y establo de una de las expresiones más nobles de la cultura toledana y española; una Ermita que reúne a los muchachos de San Martín de Montalbán en los días del otoño; una Virgen, la del Socorro, que, hasta el año 1936, recibe el culto entrañable en altar lateral de esta última Villa, como si estuviera en su hornacina del costado derecho de la vieja y arruinada Ermita; una recuperación para la cultura que hace la Diputación Provincial de Toledo; unas restauraciones y derribos que han roto mucha estética y no poca noble nostalgia de antiguos devotos y admiradores; una serie de baluceos para recobrar lo perdido; un símbolo aleccionador para eruditos, expertos e investigadores; un quehacer sin límites para los espíritus abiertos a las romerías piadosas, a las excursiones culturales y a los horizontes sin fin: esto y, desde luego, muchísimo más, es para mí, que conocí ya MELQUE en los años 30, la Virgen, la Ermita, la dehesa, el paraje, el contorno, el presente y el futuro de lo más significativo de las tierras de Montalbán y del reino de Toledo.

Sobre MELQUE, Santa María de Melque, la Ermita o Iglesia de Melque, la Iglesia y el Monasterio de Santa María de Melque y otros títulos análogos se ha escrito mucho y entendemos que queda mucho por descifrar, aclarar, escribir y divulgar.

Las *Relaciones Topográficas de los Pueblos de España*, ordenadas por Felipe II; el citado D. Manuel de Muncharaz, Cura Pá-

rroco de la Puebla de Montalbán, contestando a *Las Relaciones* "Tomás López"; el insigne profesor y escritor Manuel Gómez Moreno; el andariego y no menos investigador, descubridor y escritor Conde de Cedillo; Torres Balbás, Chueca Goitia, Jiménez de Gregorio, Iñiguez Almech, Menéndez Pidal, el Prof. Julio González, Stephen Gilman y, últimamente, Espinosa Cilla, Caballero Zoreda, Latorre Macarrón, Fernández Arenas, Leblic García y otros se han interesado por este insigne monumento, deseando, por nuestra parte, hacer llegar al pueblo sencillo de San Martín y La Puebla de Montalbán, de Villarejo y El Carpio de Tajo, de Menasalbas y de Hontanar y, tal vez, de Almorox o de Urda, de Seseña o de Lagartera, de Alcaraz y de Puebla de Don Rodrigo, de Priego y de Uceda, por no citar más que algunos lugares de Toledo y de Castilla, la noticia de MELQUE, con ciertos datos históricos y arquitectónicos, legendarios y tradicionales, de culto y devoción a Santa María que, recogidos sí, en los tratados más eruditos, no pueden ser recogidos por el pueblo llano al proponerlos los tratadistas desde unas perspectivas técnicas, de pura investigación, de exposición para estudiosos. Pero queda el sencillo lector, el ocioso jubilado, el pastor con ganas de no perder mucho tiempo, la mujer que espera la llegada de los labradores, la muchacha cansada de la radio y la televisión, el curioso adolescente que ve en los mapas de carreteras signos de monumentos y tantos otros a quienes, en su anonimato con nombres propios, dedico estas páginas desde el servicio cultural de los TEMAS TOLEDANOS que ofrece incansable el Instituto Provincial de Investigación y Estudios Toledanos, de la Excma. Diputación de Toledo.

I

RECUERDOS DE OTROS TIEMPOS

Por los años treinta, como antes dije, era muy familiar para mí el complejo MELQUE: una dehesa, propiedad de un pequeño burgués; un paraje con varias fuentes que no se agotaban ni en agosto; un buen lugar para la caza, en verano o en otoño; una Ermita, misteriosa y desconocida, porque el colono, que habitaba junto a ella, no nos dejaba verla por dentro, entre otras razones porque, o estaba llena de paja, o se espantarían las ovejas a las que servía de “soberbio” redil; una casa “bonita” del amo, unas chozas para el pastor y una caseja para el colono; un serie de leyendas a las que luego me referiré y, por supuesto, un monumento nunca visto en los alrededores de San Martín de Montalbán, que imaginábamos los muchachos del pueblo obra de “moros”.

En la Iglesia Parroquial del pueblo, justo entrando y de frente, había un altar de traza moderna —los demás eran más antiguos, como p. ej., el retablo mayor, obra de Cerdán, Juan Fernández y Díaz de la Vieja, maestros escultores, tallistas, ensambladores toledanos del primer tercio del XVII— aunque de no escaso gusto estético, en que se veneraba la Virgen del Socorro: una imagen diminuta, con mantos barrocos de vivos colores y su Niño, en los brazos, sobre el regazo. Cuidaba de la imagen, retablo y altar la familia González García-Cuerva, alguna de cuyas hijas viven y nos darán noticias sobre la efigie, y, en ocasiones de preparación de fiesta o limpieza del conjunto, a puerta cerrada, “desnudaban” a la imagen que, por lo que se decía, —pues nunca tuve la satisfacción de contemplarla—, estaba sentada sobre silla muy antigua y rara, revestida con túnica con muchos pliegues, calzada con zapatos puntiagudos y tocada con la parte superior de un manto o, tal vez, toquilla, que le daría cierta gracia distinta a la de las imágenes renacentes o barrocas que estábamos acostumbrados a ver en las procesiones. La Virgen del Socorro era otro misterio parecido a la Ermita de Melque, de donde, según había dicho un señor de Toledo, a quien habían permitido inspeccionar la imagen despacio, procedía, siendo, según él, la de mayor valor de la iglesia y se empezó a denominar, desde entonces, “La Virgen de Melque”.

No lejos de Melque estaba “El Castillo”, sin más, que no es

otro que el de Montalbán, pero que los muchachos de Lugar Nuevo —el otro nombre más vulgar de San Martín de Montalbán, además del otro menos conocido de Cucalata— creímos, y seguimos creyendo, que era y es el más grande de España y no hacía falta denominarle ni apellidarle para saber de qué castillo se trataba. Melque y El Castillo estaban y están unidos por un camino carretero, en el que podían apreciarse algunas losas que se decía que habían puesto los romanos. Más aún: el Castillo y la Ermita de Melque también estarían unidos por un paso subterráneo, y que nadie había logrado explorar, pero de cuya existencia ningún viejo del lugar dudaría y cualquiera de ellos trasmitía a los posteriores como un hecho indudable: así constaba, según lo habían oído recientemente, de cuando una cerda preñada desapareció de la vista del porquero entre unos matorrales que cubrían algún boquete del castillo y, por más que el avispado guardador y el colono de la dehesa hurgaron para encontrar al animal, tuvieron que desistir de sus esfuerzos y volver a la porqueriza sin una res de gran calidad y no pocas promesas. Pero, revolviendo el caso con otros pastores y gañanes de la finca, cayeron en la cuenta de la posible existencia del pasadizo, como de unos 3.850 metros de longitud, según sus cálculos, y dieron aviso al colono de la dehesa de Melque de la posible aparición de la hembra por aquellos parajes; en efecto: a los cuatro o cinco días y entre los matojos cercanos a uno de los antiguos diques de mortero romano, salía el animal, pero no sola, sino amamantando a un corta piara de cochinitos recién nacidos. Los lugareños afianzaron su creencia tradicional en la existencia de pasadizos subterráneos que unían Melque con el Castillo, obra quizás de los misteriosos Templarios, aunque no exclusiva, pues las mismas populares creencias existen sobre tales comunicaciones entre los templos de Jerónimos y sus fincas de labrantío, entre castillos distantes y aún entre poblaciones del mismo señorío.

Melque tenía un torreón medio derruido, sin huecos para campanas, aunque sí una especie de “ojo de buey” y más arriba una ventana rectangular, que no nos explicábamos para qué serviría, en lo más alto del ruinoso paredón levantado sobre la bóveda central, mirando hacia el saliente: considerábamos una auténtica proeza subir hasta allá y no todos nos atrevíamos, aunque sí lograba cualquier visitante, provisto de cámara fotográfica, retratar sobre lo más alto del paramento a un pastorcillo llamado Cándido que se ofrecía siempre voluntario a cambio de unos cuantos céntimos.

El colono, Mariano, el pastor, Ruperto y varios jornaleros de temporada, de La Puebla y San Martín, disponían fácilmente de un gazpacho, de unas migas o de un pisto, condumios entremezclados con otros, siempre campestres y caseros, según los tiempos, que compartían con los curiosos transeúntes, mientras éstos permutaban anís o aguardiente, chocolate y tabaco, pastas y café: el compañerismo rural y urbano se imponía por encima de las posibles diferencias sociales, pues en lo tradicional, que también formaba parte de la cultura de los sencillos peones, ellos nos daban lecciones de sus leyendas, sus visiones nocturnas, sus conocimientos de tesoros ocultos y otros datos siempre interesantes.

Melque formaba parte integrante de los más elementales saberes de la comarca de Montalbán y, aunque no habíamos leído los descubrimientos de Cedillo ni las investigaciones de Gómez Moreno, sí sabíamos que la Ermita era uno de los monumentos más importantes de España entera.

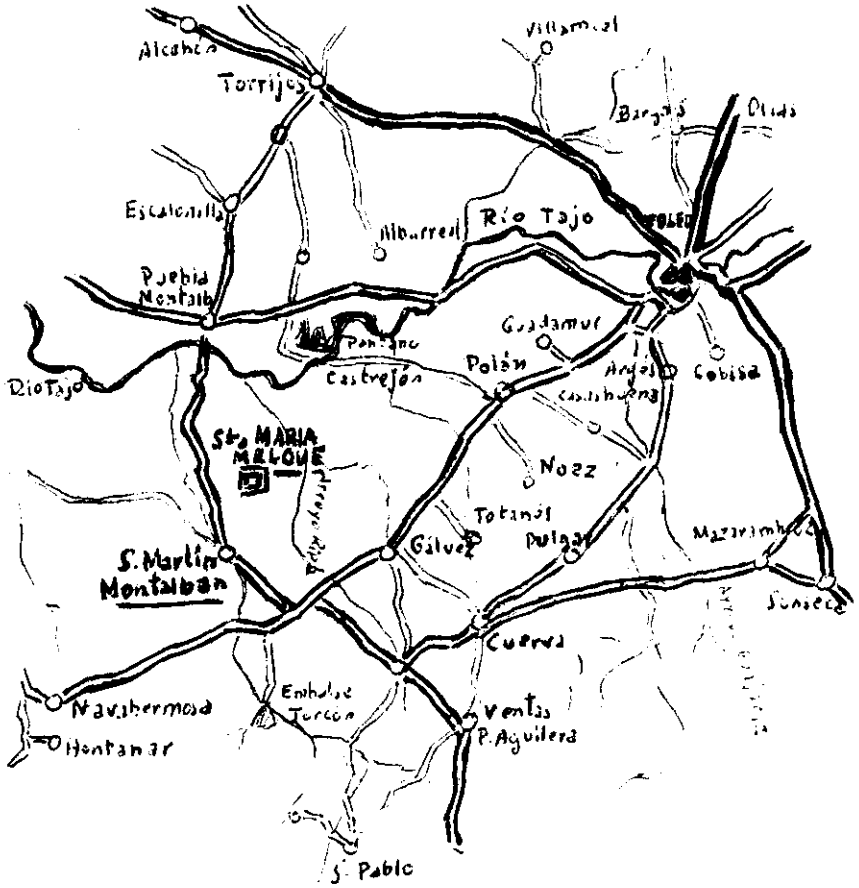
II

SITUACION

Comienzo por decir que *casi* todas las descripciones que del terreno que forma el conjunto de MELQUE he leído, son inexactas: o, por lo menos, muy poco exactas; se ve que los descriptores *pasaron* por los alrededores de Melque y, por supuesto, no entraron en ellos, aunque sí entraran en la Ermita y en el antiguo recinto.

MELQUE —dehesa, complejo de diques-presas, conjunto presuntamente monacal, restos arqueológicos recientemente descubiertos, ermita-iglesia y su cercano entorno— está situado —y esto sí que es absolutamente cierto— en el punto más cercano a las coordenadas 39^o 45' latitud norte y 0^o 41' longitud oeste de Madrid, aunque esto no le diga nada o casi nada al lector medio. Precisamos, pues, de otras “coordenadas”.

San Martín de Montalbán es una pequeña población si la comparamos con las restantes de su entorno, exceptuado Villarejo; sin embargo, su término municipal no pierde categoría dimensional frente a su colindantes: 13.309 Has., 37 árs. y 50 metros cuadrados, mientras que, al N., La Puebla no le supera en 1.000 Has.,



al S., Menasalbas, que también se dilata por casi todo el E., llega a las 17.888, 78 árs. y 12 metros cuadrados y, contingente al S.E., Navahermosa sólo tiene 12.940 Has.; Gálvez, al E., con cuyo término no colinda directamente, no llega a las 5.505, Villarejo apenas supone la mitad y El Carpio de Tajo, con el que tangencialmente sólo se une unos metros, apenas llega a las 11.408 Has.

MELQUE ocupa, exactamente, la posición Norte del Término de San Martín, a 1.555ms. del límite con el de La Puebla, por su parte meridional. Siempre dentro de la jurisdicción de San Martín, a su alrededor se encuentran los parajes: La Pedernala, al S.E.; El Concejo, al S.; El Castillo, al O., con Pajarerillos; al N.O., Pajarejos y Tacones y al N. la casa del Torreznó. Su altura media sobre el nivel del mar en Alicante, llega a los 545 metros.

Muy cerca pasa la Real Cañada de la Mesta, conocida por Segoviana.

A la izquierda del complejo o paraje pasa el Arroyo de MELQUE, alimentado por un escaso regato, sin nombre; a la derecha pasa el Arroyo de Las Zorras, surtido, cuando tiene corriente, por el del Concejo y todos los vertientes caen sobre el Cuevas que, aguas arriba, se llama Ripas y, desde los términos de Gálvez y Totanés, respectivamente, toma los nombres de El Cubillo y de Las Minas.

Desde San Martín y por el camino de El Sardino, se llega a Melque por el de La Puebla a Menasalbas, o por el de Melque a Gálvez, por el del Concejo y, con un pequeño rodeo, por el de La Pedernala. Desde luego, por el antiguo de la Puebla a San Martín, girando hacia la derecha por la vereda Cabriterá-Gitana y por el de Pajarejos, realizando, ya más cercanos a Melque, el mismo giro diestro. Todo esto hablando en términos rurales, de labrantío o carreteros, pues las modernas comunicaciones evitan tener que recorrer senderos, veredas y carriles.

Por la posible importancia que pueden tener las presas romanas construídas antaño para embalsar aguas potables o de regadíos, hemos de detenernos en los dos citados arroyos de Melque y de Las Zorras: ninguno es, propiamente, arroyo, ni regato siquiera; tan sólo cauce natural de las vertientes del terreno que recogen aguas pluviales en tiempos muy lluviosos, que se sedimentan, y afluyen en las cercanías de la desembocadura. Precisamente MELQUE —el conjunto histórico— constituye una especie de meseta en forma de espolón recortado por los mencionados cauces, en

dirección N.E., hasta su llegada al mencionado de Las Cuevas: antes de que las aguas desembocaran en éste, los hispano-romanos construyeron cuatro diques, en diversos niveles, respectivamente, de los mencionados cauces —Melque y Las Zorras— para aprovechar las aguas que pudieran discurrir por cada uno de ellos; Melque —el arroyo o cauce de mayor acogida y humedad— todavía puede proporcionar líquido suficiente para regar y, desde luego, para beber agua abundante y saludable.

Una descripción más pormenorizada de los embalses y las aguas que pueden retener ha sido estudiada por Caballero Zoreda, y cualquier entendido o profano la puede efectuar directa y personalmente o a través del mapa núm. 656 del Instituto Geográfico y Catastral, correspondiente a Galvez.

No hay duda alguna de que MELQUE, a pesar de su yermo y aparentemente recoleto entorno, ha sido lugar de paso de romanos y visigodos.

No se considera preciso que hubiera una calzada romana junto a la ermita y edificios anejos a la misma, aunque sí debió pasar cerca una vía muy antigua, que comunicaría Toletum con Talabrica, por Guarrazar, Polán, MELQUE, Montalbán, Malpica-Bolobras al puente o vado del río. Esta comunicación tendría que ser, necesariamente, de origen romano: casi todos los historiadores —Relaciones de Felipe II, Blázquez Jiménez, Ceán Bermúdez, Jiménez de Gregorio, Caballero Zoreda— dan por supuesto la existencia de una vía al sur del Tajo.

Estudiando sobre el actual terreno las comunicaciones existentes para el acceso a MELQUE, antes de la construcción del tramo de carril asfaltado que dispuso la Diputación Provincial y, teniendo a la vista el citado mapa 656 del Instituto Geográfico y Catastral, más los números 657 y 655, se puede llegar más fácilmente a alguna conclusión sobre la existencia de esta calzada, a través del paraje de Melque.

Antes de la construcción de la carretera Comarcal de Torrijos a Piedrabuena y Abenójar (Ciudad Real) —C 403— las comunicaciones normales entre la Puebla y Melque o se hacían por el antiguo Camino de la Puebla a San Martín —hoy en desuso— o, partiendo por la Cañada Segoviana, dejada ésta cerca del Cerro del Torrezno, se accedía directamente a la dehesa de Melque, bien sea por el camino que une este paraje con el antiguo poblado de Jume-la, bien por el viejo camino de La Puebla a Menasalbas, con ligeros

desvíos para llegar a la ermita, pero sin desvío alguno para llegar al paraje o dehesa. Si —siempre antes del trazado actual de la Carretera C-403— tuviéramos que ir desde San Martín a la dehesa de Melque, hubiéramos seguido los caminos de Pajarejos, del Concejo, de La Pedernala o, en sentido inverso, el de La Puebla a Menasalbas, ya citados y, en cualquiera de estos casos, llegando a la *Vereda Cabritera o de la Gitana*, que atraviesa todo el paraje de poniente a saliente, pero con cierto alejamiento de la Ermita, y que muy bien pudo constituir el eje de comunicaciones más importante de la comarca de Montalbán en tiempos pasados, en efecto: esta hoy desusada vía empalma con el *Carril Manchego* por el oeste y con el paraje de *La fuente del Caño*, por el oriente, desde donde ya hay comunicaciones a Polán, Portusa, Argés etc., además de las normales a Puerto Marchés, al del Milagro, al más cercano de la Jarosa y a los demás poblados cercanos; por el citado poniente y unida la Cabritera o de la Gitana al Carril Manchego, es fácil la comunicación con San Martín de Pusa, con Los Navalmorales, con Alcaudete, con el Castillo de Canturias etc. Esta misma senda no es otra que la que une MELQUE con el Castillo de Montalbán y sobre la que se ha trazado la pequeña carretera que construyó la Diputación de Toledo.

Pues bien: de todos los caminos citados, el recorrido que todavía más se viene usando, aunque ni los vecinos de La Puebla ni los de San Martín lo utilizaran sino para ir a Melque, es el de la Cabritera o de la Gitana, particularmente por los ya casi desaparecidos arrieros que pasaban por la dehesa de Melque, sin ver la Ermita y, atravesando la dehesa del Castillo, por cualquiera de los dos vados que, al norte —hacia Montalbanejos— o al sur —hacia Las Canteras— pasan el Torcón cerca de la histórica fortaleza, se podían dirigir a Villarejo, a las zonas hortelanas del Tajo —por el vado de Ronda— o a los hornos carboneros de Los Montes. Esta antigua vía a la que afluyen caminos que nos llevan a Polán o Portusa, por un lado, Ronda, Malpica-Balobras-Villalba y Alcaudete-Canturias-Vascos por otro, nos puede hacer pensar en la existencia de una *antigua calzada* romana o visigoda que, partiendo de Toledo, atravesara el paraje de Melque, mientras su posible “villa” romana, monasterio y ermita mozárabe, iglesia y complejo religioso medieval podían quedar ligeramente retirados del paso más frecuentado y a salvo de posibles invasores o simples curiosos.

Como ya se insinuó más arriba, los muchachos de San Martín

acudíamos con frecuencia a MELQUE, atraídos, tal vez, por las leyendas que corrían de boca en boca de los lugareños y, cómo no, por cierto misterio, nunca entonces desvelado, que suponía el hecho de que el colono o el pastor o cualquier jornalero de la dehesa de Melque nunca nos permitiera entrar en la Ermita de MELQUE, seguramente porque tenían órdenes del dueño de que nadie viera la iglesia de muchos siglos atrás convertida en establo; y no logramos verla, por entonces.

Pero sí logramos saber, porque nos lo había dicho don Leonardo, el Maestro, que por el viejo carril, que, desde la nueva carretera llevaba hasta Melque, podríamos encontrar restos de calzada romana, como la llamaba él, que venía hace muchos años desde Toledo y llegaba hasta el Castillo y, seguía, pasando los arroyos Torcón, Barrinches y Cedena, hasta Malpica y San Martín de Pusa y mucho más allá: en efecto, examinábamos el camino y veíamos piedras cuadradas de vez en cuando y a los lados otras de mayor tamaño, muy gastadas todas como por el paso de carros fuertes y pesados que los muchachos de entonces no lográbamos explicarnos de dónde vendrían o a dónde irían.

Más tarde, cuando contemplé despacio la calzada romana de Toledo a Córdoba y, sobre todo, cuando admiré las Vías Apia y Aurelia, Casia y Flaminia, entre otras, de Roma y comparé, mentalmente, las piedras de la corta calzada de Melque a Montalbán, con las que contemplaba en los Foros imperiales o junto al Coliseo romanos, vislumbré inconscientemente, pero certeramente, que aquellas piedras, tan distantes en el espacio, estaban muy cercanas, no más de tres siglos, con mucho, en cuanto al estilo de la factura que las proyectó y del arte que las colocó.

Cuando, en la actualidad, queremos situarnos para visitar MELQUE, podemos encontrarnos en cuatro disposiciones:

1ª, desde Toledo, hemos de tomar la Carretera Comarcal 401, que lleva a Guadalupe y Mérida y, pasado el antiguo Puente de San Martín —hoy el moderno de La Cava— continuar por tierras de Guarrazar, Polán, Alpuébrega, Gálvez, por cercanías de Jumela para, atravesando la Cañada Segoviana —todavía bien visible— y dejando a la izquierda la Carretera Comarcal 403-402 hacia Piedrabuena y Sonseca, según el caso, al final de la numeración del kilómetro 39, girar a la derecha en dirección San Martín de Montalbán-Torrijos; por esta ya citada Carretera, la C-403, atravesar por su centro San Martín y, al llegar al punto kilométrico 31,1 gi-

rar otra vez a la derecha por el estrecho carreterín señalizado, que es la Vereda Cabritería o de la Gitana, antigua calzada romana, que nos conducirá a MELQUE por camino moderno y cómodo.

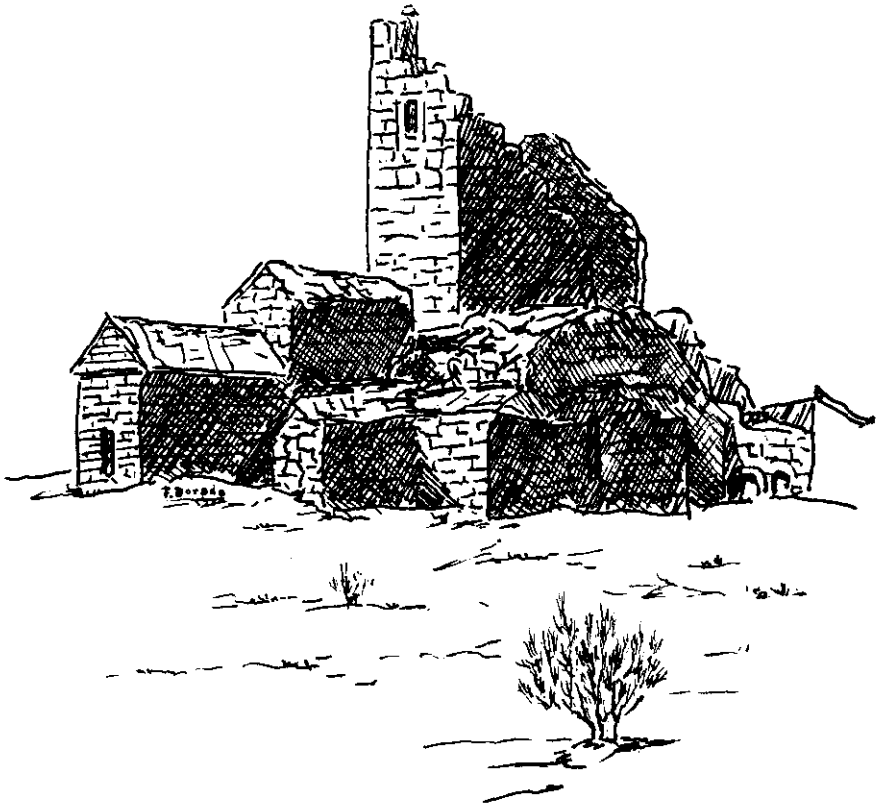
2ª, desde Madrid, lo más práctico es venir hasta Toledo para seguir el anterior itinerario; o también desde la capital de España, se puede tomar la Carretera N.R.-V, por la Avenida de Portugal o el Puente de Segovia, llegar a Santa Cruz de Retamar y, en forma de raqueta, girar hacia la izquierda y, pasado el casco urbano, seguir la dirección de Torrijos, por la bifurcación de la derecha. En esta última población, tomar la C-403, en dirección a La Puebla, atravesar el ferrocarril a Cáceres y Lisboa y pasado Gerindote con Escalonilla, cruzar y volver a cruzar la ya conocida Cañada Segoviana, pasar La Puebla y su histórico puente sobre el Tajo para llegar, —después de una difícil y rápida, pero sorprendente vista del Castillo, por la derecha— al citado kilómetro 31,1 para emprender, por la izquierda, la señalizada carreterilla que lleva a la dehesa y a la Ermita.

3ª, desde Talavera, se viene a buscar, por la carretera de Madrid, —N.R.-V— la continuación de la C-502 que deja a su izquierda Cebolla y, algo más adelante, el Castillo de Villalba, a su derecha Malpica y su castillo y, bordeando Carpio de Tajo, se llega a la repetida C-403 a la entrada de La Puebla, para proseguir como se acaba de indicar.

4ª, desde Ciudad Real, se puede acceder por Toledo —Carretera N-401— y/o por la C-403, desde Piedrabuena, desviándose en Ventas con Peña Aguilera hacia Menasalbas, continuando hasta las direcciones Navahermosa-Torrijos y, pasado el cruce con la cañada Segoviana y, apenas atravesada la C-401, que viene de Toledo, girar a la derecha, como en la posición 1ª.

5ª, llegando desde el macizo de Los Montes de Toledo —La Nava de Ricomalillo, Los Navalmorales - Navahermosa por la referida C-401— o cualquiera de los accesos a este camino, seguir dicha vía en dirección a Toledo hasta “Los Pascuales”, girando hacia la izquierda una vez pasado el hito que señala el kilómetro 40, se pasa San Martín y se continúa como en la ruta 1ª.

A pesar de lo complicado de la exposición, creemos que resulta absolutamente sencillo —valga la paradoja— llegar a MELQUE y que, sobre todo en los meses de septiembre - noviembre y marzo - junio bien merece distraerse hacia estos pagos donde tan apaciblemente se puede disfrutar de la naturaleza y del arte.



III

¿UN POCO DE HISTORIA?

Realmente, la historia de MELQUE es algo confusa, tanto del paraje, cuanto de los antecedentes del monumento, como de la vida a su alrededor: las conjeturas de unos y otros, los supuestos o hipótesis sin confirmación plena de muchos y las puras leyendas de algunos configuran la escasa historia que todos ofrecen.

Luis Caballero recoge de unos y otros y Angeles Espinosa, por no citar sino a algunos de los más modernos tratadistas —cada uno desde su punto de vista—, da por supuesto lo que habría que probar. El citado Conde de Cedillo, apuntó teorías muy acertadas y Gómez Moreno, particularmente en cuanto a la arquitectura, no ha sido superado. Julio González da por resueltos algunos problemas de población y el popular y no menos insigne, Jiménez de Gregorio, recoge casi todo lo que se puede ofrecer. A nosotros tan sólo nos queda una doble vía: recopilar aquí y allá lo investigado o tratar de investigar plenamente las dudas que siguen perdurando; tal vez quede otra tercera vía: agotar los datos ciertos y presentarlos como lo hicieron los verdaderos historiadores, pues ellos tampoco se presentaron nunca como infalibles; éste, desde luego, será el mejor método.

MELQUE, —para algunos Melgue, Milque, Milche, Melche— no es obra que comienza repentinamente en los tiempos en que se edifica su iglesia, no, como si hubiera surgido por los esfuerzos de supervivencia de la mozarabía toledana, cuando el vulgarmente llamado Abderramán II, o algunos de sus antecesores o sucesores amenazaban con destruir todo signo cristiano; Melque tampoco responde a la ubicación que Ptolomeo hace de diversas ciudades o villas romanas, como la de Paterniana.

El paraje, sin embargo, fue conocido por los romanos y, desde luego, por los visigodos: los diques o presas que casi rodean el conjunto, los restos de calzada a que antes nos referíamos y algunos datos arquitectónicos sobre la primitiva cimentación de la Ermita dan pie para pensar en una urbanización hispano-romana, una simple “villa” de retiro y recreo, una explotación agrícola, tal vez; un coto de caza, una estación pastoril para aguadero de ganados, una posada franca de camino entre Toledo y Talavera por Guarrazar y Malpica.

El conjunto es, sin duda, insistimos, de origen hispano-romano, aunque nos sea imposible decidir sobre el motivo primordial del más primitivo emplazamiento de pobladores: esto siempre será un enigma que traspasa los límites de cualquier investigación.

Que el paraje y/o la iglesia se llamara *Meca*, o *Mecus*: que proceda, o no, de los términos medioárabes “*melk*” o “*melek*”; que más bien el nombre usual tenga su origen en los nombres *Balat el melk* o *Camino del Rey* y *Valadelmec*, ya medio castellанизado, creo que aunque esto importa para la Historia, deben encontrarse fundamentos donde apoyar una conclusión más segura.

La historia de *MELQUE* está, por su propia naturaleza y destino, unida a la de la comarca de *MONTALBAN*, con sus villas, montes, ríos, molinos, puentes, valles y caminos: La Puebla y San Martín, Villarejo y El Carpio, El Robledo y Las Canteras, el Tajo, Torcón y Ripas, el Puente Canasta, el vado de Ronda y el Puente del río —Tajo—, el Carril Manchego, la Cañada Segoviana o la Vereda Cabrera, el Valle de las Pilas, Vallehermoso, Valdemarías o Valdelobos y, sobre todo, *EL CASTILLO*, forman parte integrante y conjunta de la historia toda de estos parajes, a los que no quedan ajenos Gálvez, Menasalbas y el mismo Navahermosa,

Para hacer, pues, una completa historia de *MELQUE*, necesitaríamos hacer la historia exacta de los pueblos, parajes, lugares y aledaños citados; tal vez estas historias ya existan: algunas, desde luego, sí; otras están por hacer.

La historia de *MELQUE*, por ahora y , hasta nuevas y más profundas investigaciones serias, se puede dar por concluída en su contenido más principal.

Los ya citados Conde de Cedillo, profesor Julio González, erudito divulgador Jiménez de Gregorio; el arqueólogo y estudioso Gómez-Moreno; el culto y buen observador Manuel de Muncharaz que aportó, como pocos, datos interesantísimos a las Relaciones TOMAS LOPEZ —(pues en las de LORENZANA, del Palacio Arzobispal de Toledo, no hay “relación”)—; las que se hicieron en la época del Rey Felipe II y los escritos de Angeles Espinosa Cilla —“SANTA MARIA DE MELQUE” (2º. Premio de Turismo “Everest 1978”)—, de José Fernández Arenas, sobre Arte Mozárabe y la investigación de Luis Caballero Zoreda, que forma parte de su tesis doctoral, junto con los estudios de los expertos y equipos que le ayudaron, han contribuído de manera especialísima a dar a conocer *MELQUE* y su historia que nosotros resumimos

ahora, ofreciéndola en síntesis de divulgación.

MELQUE, como paraje, procede de una "villa" o casa de recreo y labor, de la época romana tardía, es decir, de finales del siglo IV, por lo que muy bien se puede denominar fundación hispano-romana, ya que los años 380-390 después de Jesucristo, la cultura en el Centro de la Península Ibérica había adquirido unas particularidades tan característicamente españolas que, sin dejar de tener y admitir la influencia de Roma, se había ya adaptado al conjunto de tendencias culturales, particularmente propias de la arquitectura, que imprimía el campo español, sobre todo en las casas situadas en lugares alejados de núcleos de población.

La primitiva población de MELQUE se instala junto a unos arroyos que, sin duda, tenían más caudal de agua que en la actualidad; se sitúa cerca, aunque no precisamente al lado, de una calzada o vía de paso frecuente entre Toledo y otras poblaciones notables hacia el poniente; promueve, tal vez, el desarrollo de una actividad agro-pecuaria o sirve de punto de contacto a las recuas y grupos de transeúntes, nómadas y trashumantes que van y vienen desde las comarcas de Alcalá y Toledo hacia las de Mérida y Lusitania —o viceversa—, recuas, que, por otra parte, no tienen particular empeño en llegar a un lugar determinado de la región o provincia romana, sino que se acomodan a pasar largas temporadas en el lugar que se les presenta más adecuado para sus propios fines.

También pudo ser MELQUE, como insinuamos más arriba una *posada franca*, desconocida de los más y sólo abierta a determinadas tribus o familias vinculadas a los más primitivos colonos.

En cualquier caso —de los expuestos o de los imaginables— los diques o presas manifiestan unas trazas de edificación y construcción romanas, de la época a que nos venimos refiriendo, aprovechadas más tarde por invasores "bárbaros", desconocedores de la misma cultura y arquitectura romana, que aprovecharon todo lo existente para instalarse en el paraje y buscar allí su propia vida y desarrollo agrícola y ganadero: adaptarían las edificaciones romanas, las fueron adecuando a su propia forma de vivir y producir: los vándalos, alanos y godos-visigodos trajeron a la Península Ibérica una nueva forma de existir, ya que en su largo recorrido por Europa habían recibido diversas influencias de culturas distintas a las procedentes de Roma. A finales del siglo V la vida campestre de MELQUE se pudo haber convertido ya en un conjunto de formas nuevas, con nuevos puntos de vista en cuanto a la agricultura, a la

ganadería, a la construcción y a la convivencia con los pobladores más cercanos.

A finales del siglo VI casi todos los pobladores de las zonas de influencia de Toledo son cristiano-católicos, expresan su devoción religiosa, en particular, a la Virgen Santa María —la Iglesia Catedral de Toledo había sido consagrada en honor de la Madre de Dios el 12 de abril del año 587— y practican su religión conforme a las normas de los Concilios toledanos, aunque no conste de la asistencia normal y ordinaria de sacerdotes o diáconos que atendieran a las comunidades dispersas. No obstante, éstas se mantienen en la religiosidad oficial y, en determinados casos, buscan el establecimiento de algún grupo de monjes que les ayuden en las necesidades de todo orden, que cada vez se van haciendo más apremiantes: la lectura y escritura son difíciles; la misma agricultura se va empobreciendo; la ganadería es pasto de las plagas; la cultura propiamente dicha no existe y la religión se apaga día tras día. Las antiguas “villas” romanas, luego granjas visigodas, seguramente pobladas por conjuntos más numerosos que muchas de nuestras actuales parroquias rurales, necesitan la colaboración de los monasterios, a los que ofrecen tierras cultivables y lugares aptos para el recogimiento y la oración, que ya no se pueden fácilmente encontrar ni siquiera en las cercanías de las grandes ciudades, como en esta época lo es de Toledo.

MELQUE, indudable “villa” romana antigua, se ve precisada de la asistencia religiosa-sociocultural de monjes hispanos visigodos que, según la opinión del Conde de Cedillo, en su artículo-ensayo histórico-artístico-crítico, *Un Monumento desconocido. Santa María de Melque*; Rev. Madrileña *Cultura Española* (M., VII [Ag. 1907] 815), “parece relacionar el origen del edificio con algún Monarca o con algún recuerdo regio. MELQUE pudo ser en su origen (—el subrayado es nuestro—) *monasterio benedictino*. Cenobios de esta Orden —sigue diciendo el Conde investigador— húbolos, sin duda, durante el período visigótico en la región meridional de la actual provincia de Toledo; y así como se sabe de determinadas iglesias de otras regiones de la península que fueron levantadas en los primeros siglos de la reconquista, utilizando en parte fundamentos y materiales de más antiguas fábricas, nada impide sospechar que ocurriera lo propio al templo de Melque. Y no debieron construirle mahometanos, que en aquellos primeros siglos de su permanencia en España carecían de estilo propio, sino

Mozárabes, quienes, al igual que ocurrió con el dogma y la liturgia, en materia de arte conservaron con esmero la tradición cristiana y visigótica, aunque acomodándola, como es lógico, a las mudanzas y necesidades de los tiempos.”

Hasta aquí lo recogido directamente del mencionado Conde de Cedillo. ¿De dónde tomó o presumió él la estancia benedictina en MELQUE?

Ciertamente, ni él, con seguridad, ni nosotros, lo sabemos ni sospechamos. Aunque, sin algún fundamento, él mismo no lo anotaría. Y, de él vienen dependiendo los diversos escritores que sostienen esta circunstancia socio-religiosa-cultural.

¿Qué hay de cierto en ello? No hemos encontrado pruebas fidedignas de la estancia benedictina en tal paraje y lugar; aunque lo admitimos solamente en virtud de la autoridad del mencionado Conde, singular investigador de Toledo y su Provincia.

El moderno investigador, Luis Caballero Zoreda, parece dar a entender repetidas veces, aunque su argumentación sólo se base en indicios arqueológicos —lo cual no es poco, claro—, que, sin duda, en MELQUE habría un monasterio visigodo de la época del mayor esplendor religioso y social del Toledo del siglo VII: “Los propios monasterios —resume, a modo de conclusión—, montados sobre antiguas “villas” como Melque, han de significar éste intento de unificar vida civil y vida religiosa”.

Las convicciones de Angeles Espinosa resumen así sus conclusiones sobre la vida monacal en Melque: “Para Caballero Zoreda es evidente una continuidad de habitación en Melque desde la época romana. Una villa romana extensa e importante, incluso con construcciones de diques en los arroyos que surcan el lugar, precedió a la instalación de un monasterio de amplias edificaciones extendidas alrededor de la iglesia que seguiría en todo momento la traza visigoda. La más antigua parte de esta primitiva construcción está en el gran arco que se hunde en el muro cerrando el brazo derecho del crucero y que pudo ser el mausoleo de algún alto dignatario de la corte de Toledo, siguiendo la línea trazada en el norte (de la Península) donde Montelios (un monasterio de la región que luego se cita) fue sepulcro venerado de San Fructuoso, creador de la vida monástica en la llamada “Tebaída del Bierzo”.

Si tuviéramos que dar nuestro parecer en todo este asunto de los monjes benedictinos instalados en MELQUE, tendríamos que decir: No conocemos, como se insinúa más arriba, más argu-

mento que la autoridad del Conde de Cedillo para admitir el monasterio benedictino en Melque, bien fuera a fines del siglo VI o en el VII. Es verdad que, como sostiene el historiador de la Orden de San Benito, YEPES, el Papa Gregorio publicaría una Bula ordenando que todos los monasterios de Occidente aceptaran la Regla del padre de los monjes occidentales, Benito de Nursia; pero es tanto o más cierto que los monjes visigodos, aún aceptando algunos aspectos de la regla benedictina, tenían sus normas características propias, basadas en los Concilios de Toledo, en las enseñanzas de San Leandro y San Isidoro y en ordenamientos particulares de cada monasterio que, sin duda, gozaba de una autonomía legislativa singular dentro de las normas canónicas vigentes.

Es cierto que los viejos de San Martín y algunos eruditos de La Puebla mantienen la idea constante de que en MELQUE hubo monasterio, sin que sepan precisar a que Orden religiosa perteneció, si fue tan sólo en la época anterior a la invasión musulmana, si fuera después de la reconquista por Alfonso VI o si la referencia es a la Orden religiosa militar de los Templarios.

En cualquier caso, nos inclinamos también por la existencia de monjes en MELQUE, ya antes del año 712 y, como veremos más tarde, después del 1200.

La historia de MELQUE está unida a las de San Martín, La Puebla, El Carpio, Villarejo, tal vez Menasalbas y los parajes limítrofes: sería, pues, necesario indagar en las Relaciones diversas referentes a las poblaciones citadas para poder ofrecer una visión total y completa del lugar, su arquitectura, sus cambios de dueños y colonos y de sus diversos moradores a través de más de quince siglos.

1. LA EPOCA VISIGOTICA-MOZARABE DE MELQUE

En la suposición, no totalmente probada, de la residencia de monjes ¿benedictinos? junto a la actual ermita-iglesia de Santa María de Melque en los siglos VI —tendría que ser muy al final—, VII^o u VIII^o, —desde luego muy al principio de éste—, el monasterio dependería del centralismo de la Iglesia toledana, como sin duda lo fue la “villa”, monasterio o simple paraje regio de Guarrazar, cercano a Guadamur.

Las anteriores consideraciones sobre las vías de comunicación



que, partiendo de Toledo, atravesarían la que después se llamó comarca de Montalbán, y la otra suposición de que en MELQUE pudo existir el mausoleo de algún notable dignatario de la corte regia de la Ciudad real toledana de los años en que dicha ciudad fue capital del reino visigodo, nos lleva a pensar en la existencia, ya sugerida, de una colonia romano-hispano-visigoda que, tras la invasión de los musulmanes en España, se convertiría, años más tarde, en refugio mozárabe.

En las relaciones visigodas que citan monasterios existentes en Toledo o sus cercanías, no consta con exactitud de ningún centro monacal relacionado con Melque.

Sin embargo, el investigador ya citado Caballero Zoreda y su colaborador directo Latorre Macarrón, no ha dudado en titular, "La Iglesia y el *Monasterio Visigodo* de Santa María de MELQUE (Toledo)", su obra publicada sobre el tema en 1980. Con ellos trabajaron un grupo de eruditos como Balbín Berhman, Fernández-Miranda Fernández, Lavado Paradinas, Megías Pérez, Vizmanos Alonso y otros que se pueden considerar como expertos en esta problemática.

Después de citar diversos caminos que comunicarían Toledo con los más notables lugares de su entorno cultural y socio-político, dan por supuesto, en virtud de los descubrimientos arqueológicos estudiados directamente, que "San Pedro de La Mata, cuya iglesia, más pequeña que la de Melque, pero mayor que la de Santa Comba de Bande en Orense, pide un conjunto monástico a su alrededor semejante a los de Melque y los Hitos. . .", en término de Orgaz. "Este resumen —continúan los investigadores— puede ofrecer algunos datos de interés, de los cuales, quizás el primero sea ya indicio de seis monasterios visigodos fuera de Toledo, capital".

Especifica que, en vez de vislumbrar la existencia de monasterios visigodos por las fuentes documentales, en todo o, en parte, ya publicadas, se ha seguido un sentido inverso para llegar a la conclusión de la existencia de los monasterios visigodos: deducirlos de las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en las cercanías de las iglesias consideradas como tales y del estudio detenido de las construcciones que sólo podían responder a instalaciones monásticas.

En cualquier caso no hay duda de que en la época romano-visigótica y, más en particular, en los años del reino visigodo, sobre todo a partir de la conversión de Recaredo y su profesión de fe en

el año 589, se consolida en España y, por supuesto, en Toledo, un sentimiento práctico de nacionalidad y unidad en el marco de una estrecha colaboración político-religiosa que permite y, más que nada, contribuye al desarrollo de la vida oficial cristiano-católica y, en consecuencia, de la vida de los monjes y al aumento de los monasterios.

Quizá, como nos atrevemos a sugerir con respecto a MEL-QUE y ya lo hemos insinuado más arriba, el "monasterio" no sería más que un lugar de retiro, de estudio teológico y político, de descanso y vacación, de ambientación rural para liberarse de las complicaciones de la vida cortesana de Toledo, un conjunto de construcciones correspondientes a una institución mixta, "cívico-religiosa", como intento y, al mismo tiempo efecto, de unificación de la vida religiosa y política, según también apuntan diversos autores.

No podemos perder de vista que, en este período de tiempo singularmente mezclado de política y religiosidad, tanto a niveles de alto clero y del escaso clero rural, cuanto en los ambientes aristócratas y en los entornos populares, se tiene gran aprecio por la vida monacal y son innumerables los Concilios de Toledo y de otras metrópolis eclesiásticas de España que se preocupan por los problemas característicos de los monasterios y legislan sobre ellos.

En el año 711 la Península Ibérica es invadida por una serie de incursiones que, aprovechando el deterioro total del reino visigodo, saltan desde el norte de Africa hacia Andalucía y, en poco tiempo, llegan hasta Toledo y se instalan en las principales ciudades del ya desaparecido reino de don Rodrigo: los árabes, musulmanes o mahometanos, someten a los romano-hispano-visigodos de religión oficial cristiana.

A partir de dicho año van a ir apareciendo en España una serie de fenómenos culturales, artísticos, y socio-religiosos que bien podrían considerarse como una nueva era dentro de la Edad Media.

Nos referimos a la cultura, arte y religiosidad del pueblo mozárabe.

Entre los cristianos vencidos se produce una diferenciación que tiene su máximo exponente en lo estrictamente religioso: más adelante habrá otros matices que hagan todavía más profunda esa diferenciación.

Un sector de los cristianos sometidos aceptan, más o menos

conscientes, las nuevas formas religiosas impuestas por los vencedores y, tanto los “nuevos musulmanes”, como se empezó a designar a estos convertidos a la religión de Mahoma, cuanto los hijos de éstos, fueron llamados más tarde muladíes; mientras que el otro sector, el de los vencidos y marginación social, recibieron el calificativo de mozárabes, del árabe “mustarib” o como derivación del término equivalente, “musta ‘rab”, literalmente “arabizado” o, como quieren otros, “mezclado entre los árabes”.

Estos cristianos, españoles no islamizados, conservan, además de su fe, sus propias normas administrativas y judiciales, su espíritu de raza y de grupo, su lengua —al menos en los primeros tiempos de sumisión— y su cultura. Como complemento de su cultura genérica, de carácter occidental, debemos destacar las formas y expresiones del arte, sobre todo, aunque no en exclusiva, ni mucho menos, en la vertiente de la arquitectura.

No hay duda de que el primordial y más trascendental foco de la cultura mozárabe fue Toledo, aunque Córdoba supusiera el centro de un florecimiento cultural de expresiones musulmanas muy variadas, aunque no ajenas a la fuerte influencia de los mozárabes; también Mérida, Sevilla, Granada y otras ciudades del norte de la Península conservaron núcleos mozárabes muy importantes, aunque los norteños acusaran menos el fenómeno de la “mozarabía”.

Mozárabes no eran considerados todos los núcleos y grupos cristianos existentes en dichas ciudades o comarcas; se trataba, más bien, de grupos étnicos, religiosos, —cristiano- católicos —, que mantenían, por encima de todo, su propia fe, con una organización judicial, religiosa y moral muy características, con un estilo de vida —lengua, costumbres, indumentaria, cultura etc.— conformes a su idiosincrasia, estilo que, en gran parte, se fue adaptando al de los subyugantes, pero que nunca se acomodó a ellos en lo jurídico y, mucho menos, en lo religioso.

También el arte, como expresión de la cultura, particularmente religiosa, mantuvo siempre unas constantes que, partiendo de las expresiones visigodas, de ciertas influencias orientales y cordobesas y de lo que siempre se conservó como característico de lo hispano-romano, se pueden considerar como propiamente mozárabe; no se puede negar la influencia musulmana, muy fuerte en algunos casos, sobre la cultura y ese arte, pero tampoco se puede perder de vista el talante de un pueblo cristiano que piensa

siempre en cristiano y en visigodo en cuanto a lo religioso y lo jurídico, respectivamente, crea un espíritu nuevo en lo social, asimila, sin perder lo positivo propio, lo más positivo con que se encuentra, se aleja de lo hispano-romano mientras se acerca a determinadas formas árabes, logra despertar una conciencia nacional en constante desarrollo, crea un estilo multiforme en lo cultural y manifiesta todo ello en las más diversas expresiones y perspectivas de vida.

Este conjunto de actitudes puede aproximarse al contenido sustancial de lo mozárabe. Y este fenómeno, tan complejo, por una parte, y, tan claro, por otra, se centraliza en Toledo ya desde el año 713 hasta la reconquista de la Ciudad en 1085; la mozárabía de Córdoba, por ejemplo, si bien apareció en determinadas épocas como con mayor esplendor, no dejó de ser un conjunto de demostraciones ocasionales.

Las expresiones culturales a que antes nos hemos referido van muy vinculadas, como es lógico, a las religiosas y unas y otras se manifiestan, aparte de otras diversas formas, en la Arquitectura, de la que, sin duda, es una de las muestras más características la iglesia de MELQUE.

Ya hemos apuntado que Córdoba, con su arte musulmán tan singular, pudo influir en el arte mozárabe: no podría afirmarse esto, sin más, en cuanto a la estructura de conjunto de esta iglesia toledana.

Para algunos, el arco más primitivo que se puede apreciar en Melque, —“el gran arco que se hunde en el muro cerrando el brazo derecho del crucero”—, podría considerarse como de estricta influencia visigoda. Esto nos llevaría a fecharlo hacia fines del siglo VII, más tarde, la invasión árabe interrumpiría el proceso de las construcciones proyectadas y, al reanudarse éstas, en pleno siglo VIII, surgen ya en forma mozárabe, de lento desarrollo; tan lento, que el “mozarabismo” casi autónomo, casi independiente de Córdoba, da por concluida la obra primitiva no antes de finalizar el siglo IX, sin que se pueda precisar una fecha con exactitud matemática.

Por los años 830-893 existe una gran actividad mozárabe en toda la Península Ibérica: familias y monjes que huyen hacia las comarcas norteñas; avance de la reconquista y repoblaciones; viajes de Eulogio de Córdoba y su elección para Arzobispo de Toledo a la muerte de Wistremiro (858); monasterios que influyen en toda la vida socio-religiosa de la época. . . La iglesia visigótico-

mozárabe de MELQUE, la más protomozárabe, la de una época floreciente y de transición, al mismo tiempo, representa el templo mozárabe ideal para la oración y el silencio, para el ocultamiento frente a la curiosidad o la persecución, para conservar valores clásicos y tradicionales, para mantener vivo el espíritu de una raza y la riqueza de una religiosidad. No tiene, pues, como veremos al tratar de su estructura original, la localización, ni la amplitud, ni las alturas, ni la luz que exigiría ya la arquitectura neorománica y está muy lejos de la magnificencia del gótico triunfalista.

2. DESDE LA RECONQUISTA

Tras las diversas incidencias del reino taifa-musulmán toledano, en que los mozárabes de MELQUE conviven sociológicamente conservando la plenitud de su fe y manteniendo su identidad étnica y política, se vislumbran nuevos tiempos para el núcleo reducido de los moradores de un paraje, que conocen, quizá en el mismo mes de mayo de 1085, que el monarca castellano, Alfonso VI, ha reconquistado la TOLETUM de sus antepasados y proyecta un fuero especial para el nuevo estilo de vida que podrán adoptar los hasta ahora sometidos al arabismo mahometano.

El posible monasterio y la población cristiana adyacente conectarían con los mozárabes de la nueva capital del “imperium” cristiano de Toledo y, desde finales del año 1086, con el nuevo Arzobispo, don Bernardo.

El nuevo ambiente religioso que se respira en los alrededores de Toledo viene a influir fuertemente en la vida de la comarca de Montalbán; el probable primitivo “mons albiganicus” o “mons albanus”, bien fuera por los pobladores llamados “albigannos” o por los cerros blanquecinos de las canteras de caolín o de calizas, abundantes en las cercanías, dan nombre al castillo de Montalbán, que posiblemente debió sus orígenes a los intereses del célebre Abderramán III, hacia el año 930, para continuar dominando a los mozárabes que amenazaban con independizarse.

Sin que conste en qué año posterior al citado 1086, la Orden Cisterciense se instala en el nuevo reino de Toledo y por el año 1140 ya dispone de un notable monasterio en Batres —en las cercanías del actual Castillo de Batres, no lejos de Madrid—, monasterio que quizás contribuyera a la fundación de un priorato o abadía,

también del Císter, que ocupa las construcciones y el territorio visigótico-mozárabes de MELQUE, cuando los mozárabes se han reunificado en Toledo, donde tienen sus propias parroquias, su culto particular, su fuero y su adecuado ambiente socio-cultural.

Por el año 1148 consta la existencia del monasterio —sin duda ya cisterciense— de Santa María de Valdemelc, continuando los monjes blancos su estancia, por lo menos, hasta la mitad de la última década del siglo XII, época en que se debieron hacer restauraciones o modificaciones notables en la estructura básica del conjunto arquitectónico, tanto en los anejos del templo como en la parte superior del mismo.

No mucho después del año 1192 y, sin que sepamos concretamente por qué, el Císter abandona el monasterio e iglesia de Melque quedando el paraje relativamente solitario, aunque, por otra parte, como lugar de realengo desde la reconquista, debió pertenecer al conjunto territorial de la Orden de los Templarios, establecidos en el extenso “estado” de Montalbán desde tiempo atrás, por concesión de Alfonso VII.

En efecto, por los años 1135-1140 debió entregar este monarca el vasto territorio conocido como “Montalbán” a la floreciente Orden del Temple, fundada en 1118 y que, por su prestigio militar y de defensa de los valores religiosos y culturales de la Edad Media se estableció en el Castillo de Montalbán, constituyéndolo baluarte y fuerte inexpugnable contra las posibles “razzias” musulmanas, mientras instauraban en MELQUE un auténtico monasterio o convento regular, para dedicarse a la oración, al cultivo de los campos vecinos y a mantener viva y seguir propagando entre los cercanos labriegos la devoción a Santa María que, desde la época visigoda, siempre floreció y se conservó durante la vida monacal cisterciense.

La tradición popular, a que ya hicimos referencia anteriormente, atribuyó siempre a los Templarios la estancia en Montalbán y Melque, y la historia más estricta constata que una bailía templaria, seguramente la tercera de las veinticuatro que como encomiendas poseían en Castilla, tuvo su sede en estos parajes de Montalbán con esas características a que poco antes aludíamos.

Los Caballeros del Temple restauran el Castillo, lo amplían y refortifican; los mismos monjes-soldados aprovechan las fortificaciones de la iglesia y refuerzan las del convento, adosando diversas construcciones de particular finalidad utilitaria.

La leyenda, atribuyó también a los Templarios la comunicación subterránea que uniría el Castillo con la iglesia y convento de Melque y en la que depositarían a buen recaudado los legendarios tesoros de que disponían cuando se vieron forzados a abandonar definitivamente el territorio.

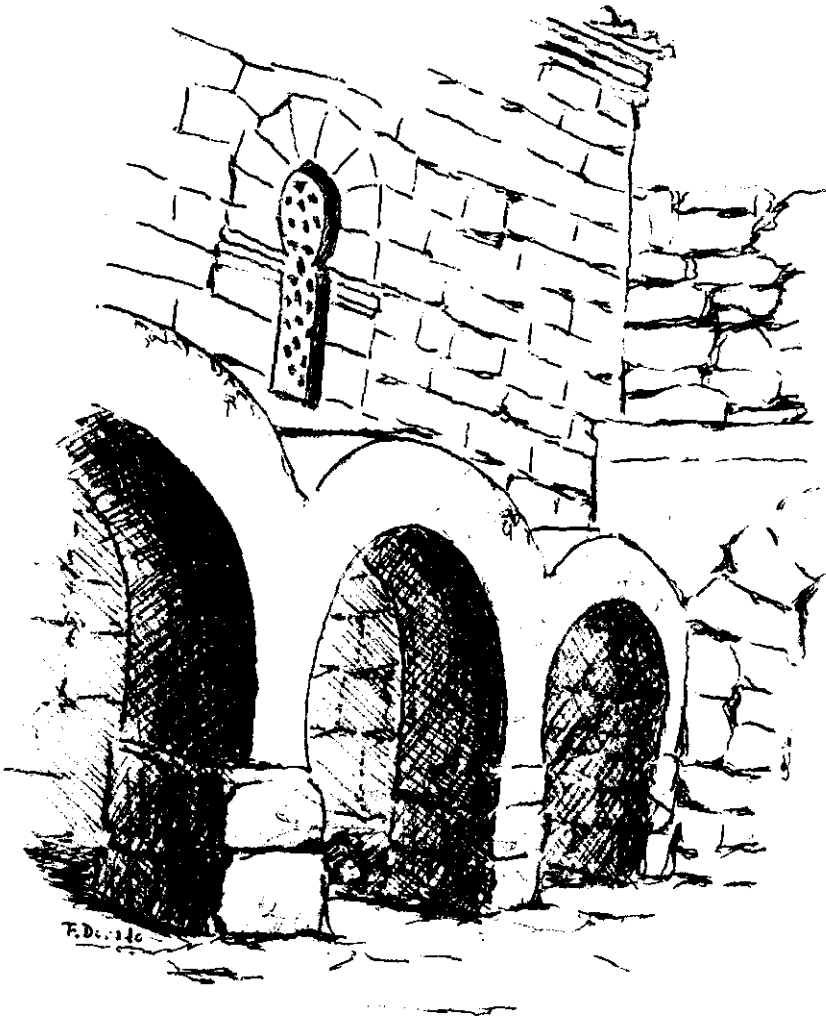
Antes de la supresión canónica de la Orden del Temple —en el Concilio de Viena, o Viennes, en el Delfinado francés, celebrado en 1311—, ya el Rey de Castilla Fernando IV, siendo Maestre de España don Rodrigo Yáñez —o Ibáñez—, mandó secuestrar todos los bienes que la Orden templaria poseía en los dominios reales, anexionándolos a la Corona y disponiendo de ellos arbitrariamente: en 1308 el Castillo de Montalbán y, sobre todo, MELQUE, ven alejarse para siempre a los monjes templarios, con lo que comienza de manera vertiginosa el deterioro progresivo del Convento, de la Iglesia y de la devoción a Santa María de Melque.

Desde la citada fecha, MELQUE se fue convirtiendo en ruinas. . .

3. LA SALIDA DE LOS TEMPLARIOS Y EL ABANDONO DE UN MONUMENTO

Desde el citado año 1308 poco sabemos de MELQUE: con toda probabilidad seguiría las desventuradas vicisitudes del Castillo de Montalbán y de aquellos entornos. Hay quien supone que los labriegos y colonos continuaron trabajando las esquilgadas tierras de los alrededores y, cómo no, expresando su sencilla y más que popular devoción a Santa María, hasta que fueron poco a poco abandonando el Convento, la iglesia y las mismas tierras, tal vez expulsados por sus nuevos dueños.

Por entonces se pueblan los parajes de La Pedernala y Pajarejos, muy cercanos a Melque y, sobre todo, comienza a surgir un nuevo núcleo de población, Valdesanmartín, origen de futura aldea y villa: San Martín de Montalbán, pues por los años 1450-1460, entregada La Puebla de Montalbán en pleno dominio por el Rey Enrique IV a su colaborador Juan Pacheco, Maestre de Santiago, éste, a su vez, constituyó un mayorazgo a favor de su hijo, Alonso Téllez Girón, que desde entonces se denomina señor de La Puebla de Montalbán y como tal establece colonos en el lugar de San Martín, trasladando posiblemente el resto del vecindario que pudiera quedar en Melque.



Parece ser que la peste y las epidemias, motivadas por la retención de las aguas en los pequeños embalses que rodeaban el monasterio, influyeron también en el ánimo de los ya escasos habitantes de los contornos de Melque para trasladarse a la nueva aldea, constituida principalmente por labradores instalados por el señor, que recibe pingües beneficios del labrantío de tierras no muy feraces, mientras había contribuído a arruinar a los antiguos pastores y colmeneros que vivían con cierto desahogo económico antes de la roturación de los montes.

Los aldeanos de San Martín y los colonos de Pajarejos, de La Pedernala, los devotos de La Puebla de Montalbán y los "castellanos" de Montalbán no han olvidado a Santa María de Melque y acuden cada año, al menos en dos ocasiones, a celebrar romerías y honrar a las imágenes medievales que habían recibido tradicionalmente el culto secular de monjes y labriegos, de soldados y peregrinos: la que ocupaba el lugar principal de la iglesia, en el ábside central y la denominada Nuestra Señora del Socorro, que recibía el culto en una altar lateral.

Pudiera ser que por entonces —a finales del siglo XV o, tal vez, a principios del XVI— sucediera uno de los hechos más lamentables de la historia de MELQUE: gentes desaprensivas y sacrílegas, conocedoras de los imaginarios tesoros de los Templarios en los anejos de la iglesia, del convento y del castillo, provocaron un incendio. Lo que parece más cierto, según una relación de la época de Felipe II, fechada en febrero del año 1576, es que la iglesia estaba en su interior decorada con estuco recubierto de oro, que consideraron material macizo, prendiendo fuego al templo para aprovecharse del supuesto rico metal que se desprendería al fundirse por el calor. En efecto, existió, sin duda, el estuco, como personalmente pudimos observar y también se notaban los paramentos y cubiertas interiores fuertemente ennegrecidos, aunque no se podía asegurar que fuera precisamente por humo.

Providencialmente se salvaron las imágenes de la iglesia y, con ellas, la devoción a Nuestra Señora de Melque y a la Virgen del Socorro allí existentes.

Desconocemos qué sucedería realmente a finales del siglo XV o comienzos del XVI para que el relator de Carpio de Tajo, Martín Fernández, vecino del dicho lugar y que responde a los interrogatorios mandados cumplimentar por Felipe II, dice en el número 31, con fecha 16 de octubre de 1578: "En esta jurisdicción —se re-

fiere, sin lugar a dudas a la de la villa de la Puebla de Montalbán— hay muchos edificios antiguos y lugares despoblados, el uno de ellos es Ronda. . . Hay, —prosigue— otra iglesia a tres leguas de aquí, en una dehesa que se dice Melque, por la ilesia que se dice Nuestra Señora de Melque, es un edificio no muy grande, metido debaxo de tierra que entran por gradas sin cubierta ninguna, es toda de piedras grandes labradas y de boveda, y creo que la causa porque esta debaxo es porque la boveda no la cubriese, parece ser edificio de mas de mil años, estan junto a esta ilesia dos valles atajados por medio con muy gruesa pared, recogese agua en ellos, de que beben, que fueron hechos tan antiguos como la ilesia, otros edificios parecen de lugares despoblados. . .”

Se infiere fácilmente que el paraje estaba ya considerado como simple dehesa, probablemente convertido en pastizales y que no se reconocía ni siquiera las ruinas de las construcciones anejas al templo y que debieron servir para el convento. Por lo demás, el pasaje transcrito nos parece confuso y la descripción de la iglesia como si se quisiera convertir en misteriosa, a no ser que el incendio referido, el abandono consiguiente y el propósito oculto, anterior o posterior a esto, de que nadie pudiera dar con el templo hubieran acumulado tal cantidad de tierra alrededor de éste que pareciese soterrado.

Este tan singular dato y rara circunstancia se constata de nuevo en el siglo XVIII, cuando el ilustre sacerdote de La Puebla de Montalbán, don Manuel de Muncharaz, párroco de la misma, contestaba a las Relaciones de Lorenzana-Tomás López, en 1788, recoge el dato del más absoluto abandono de la iglesia, del general desconocimiento de la existencia de la misma, —que empieza a considerarse como simple ermita— y de lo escondido de su situación y ocultos accesos.

El sacerdote es buen conocedor del terreno, visita el paraje y la ermita con sus aledaños y hace una perfecta descripción de todo el conjunto, como se puede ver en el original, conservado en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, Relaciones de Tomás López, Toledo, Tomo II.

En su relación recoge una vieja historia, que seguramente corría de boca en boca de los colonos, pastores y cazadores de aquellos contornos, según la cual uno de éstos, cazador empedernido, perdió un hurón entre los zarzales y viejas construcciones; el bicho habría encontrado una gran superficie donde perseguir cone-

jos y otras piezas de caza y el tiempo iba pasando sin que de la huronera saliese animal alguno. Al intentar recuperarlo, el cazador descubrió una gran entrada, aunque oculta entre maleza, por donde descendiendo ligeramente, pudo llegar a una gran estancia abovedada que entendió ser Ermita, pues que todavía conservaba los objetos del culto sagrado y, las imágenes de Santa María de MELQUE, desconocida para él, de forma directa e inmediata y Nuestra Señora del Socorro, que sin duda lo había sido de cuantos lugareños se había encomendado a su protección, particularmente el primer domingo de mayo, jornada anual de religiosa y popular romería.

Algunos han confundido estas dos imágenes y advocaciones y sospechando que se trataría de una sola, Santa María de MELQUE, han situado ésta unas veces en San Martín de Montalbán y otras en La Puebla: de los datos obtenidos personalmente y, sobre todo, del conocimiento personal de la imagen de Nuestra Señora del SOCORRO, existente en San Martín hasta su destrucción en 1936, se puede llegar a la conclusión ya expuesta por el presbítero don Manuel de Muncharaz que también pudo conocer “de visu” la imagen de San Martín: la imagen de Santa María de Melque se trasladaría a La Puebla de Montalbán, más concretamente a la Ermita de San José, junto al camino de Alcubillate, por el año 1842 y allí la vio y estudió el Conde de Cedillo en 1908, según veremos en posterior descripción; la imagen de Nuestra Señora del Socorro se llevó a San Martín, colocándose en moderno altar, frente a la entrada principal de la iglesia parroquial, por las mismas fechas de 1842 ó 1843 y allí también la encontró el citado don Jerónimo López Ayala y la examinó por el año 1909, coincidiendo su estudio y criterio, según expondremos más tarde, con lo que nosotros mismos y muchos vecinos del “Lugar Nuevo”, que aún viven, hemos visto y venerado.

A fines del siglo XIX ya ha desaparecido MELQUE para convertirse en una vulgar dehesa de pastizales y escasa labor, como Pajarejos o La Pedernala, el Concejo o el Castillo; y su ermita, ¡su incomparable iglesia! quedar arrumbada para tan sólo servir de establo y pajar hasta que la Excma. Diputación Provincial de Toledo la rescató de tan lamentable destino.

IV

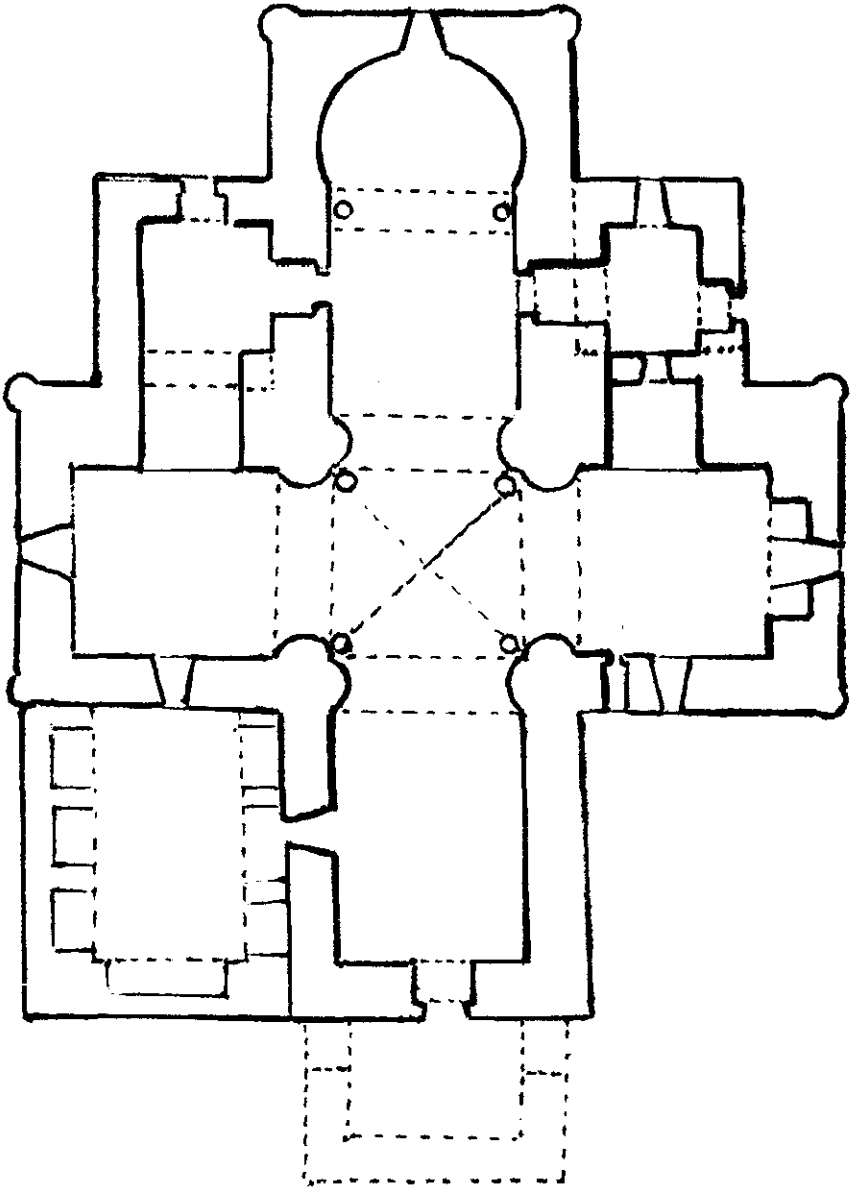
ARTE, CULTURA Y RELIGIOSIDAD

La historia arqueológica de MELQUE casi se puede dar por suficientemente agotada después de la publicación de la obra de CABALLERO ZOREDA, Luis: *La Iglesia y el Monasterio visigodo de Santa María de Melque*, ya citada, y que el Ministerio de Cultura editó en 1980; nos referimos, ante todo y sobre todo, al conjunto estructural de la composición del templo visigótico-mozárabe-medieval y a los anexos monacales que lo rodeaban. Entendemos que está todavía por resolver el asunto de la duplicidad de imágenes de Nuestra Señora, de sus auténticas identidades artísticas, culturales y devocionales e, incluso, sus verdaderos títulos advocaciones, sus traslados Puebla-San Martín de Montalbán y hasta su posible paradero actual, a pesar de lo que acabamos de decir anteriormente; porque antes nos referíamos a algunos apuntes de historia y ahora queremos incidir *en el arte de cada imagen*, en el índice de cultura que supusieron para los devotos antiguos y más recientes y en la religiosidad que despertaron en las dos parroquias que se suelen citar como destinatarias de tan venerables obras,

1. LA IGLESIA DE MELQUE EN EL ARTE HISPANICO

El tan repetidamente citado Conde de Cedillo escribía en 1907: “Es sin duda alguna —(Santa María de Melque)— *una iglesia cristiana*; su planta, su orientación y su disposición así lo persuaden, desde luego. Pero sus singulares caracteres entrañan un verdadero problema, casi un enigma arqueológico. Por su aparejo y sus macizos *se parece a lo romano*; por la disposición de sus departamentos secundarios, *a lo latino*; por su planta, *a lo bizantino*; por la contextura de sus arcos, *a lo visigodo* y a lo árabe primario; por sus bóvedas, su cúpula y sus semicolumnas, *a lo románico*; y por el modo de ejecución, a lo bárbaro. . .”

El profesor GOMEZ MORENO, también referido, da a conocer el monumento, con más éxito publicitario que Cedillo, en 1919 y, desde entonces, MELQUE, con Santa María de Bobastro, queda consagrado como un monumento MOZARABE de la prime-



ra época de la dominación musulmana, confirmándose la idea del Conde investigador sobre el carácter totalmente cristiano de la estructura arquetipo del templo: los sillares de los paramentos, las dovelas de las diversas arquerías, el sistema de "herradura" que se repite en portadas y ventanales y las bóvedas sin casi posible comparación, dan al edificio un aire artístico único en su género.

Para entender al investigador CABALLERO ZOREDA en su interpretación sobre el origen de la más primitiva construcción que hoy todavía se puede admirar, y que el investigador sitúa en un arco fundido en un muro que cierra el brazo derecho del crucero, hay que suponer que esta parte de la iglesia es totalmente visigótica y formaría parte de algún mausoleo de un noble cortesano de la Ciudad de Toledo, trasladado aquí antes de la invasión árabe; ello sin duda, es posible, aunque no podemos asegurar su probabilidad.

ESPINOSA CILLA, Angeles, también citada, se inclina por atribuir a la más primitiva construcción de Melque la época, precisamente, de la invasión musulmana, viéndose interrumpida la edificación por tal invasión enemiga y continuada cuando las circunstancias anteriormente adversas lo fueron permitiendo posteriormente. Es decir, que MELQUE sería el primer MOZARABE, propiamente dicho, aunque "partiendo de las últimas tradiciones visigodas toledanas", por lo que habría que situar su primer período de construcción hacia los comienzos del siglo VIII. Desde esta perspectiva, la edificación conjunta de la Iglesia de MELQUE *encaja perfectamente dentro del arte cristiano*, como lo sugirieron GOMEZ MORENO y LOPEZ DE AYALA, con un estilo muy característico, *de transición* entre el visigodo decadente y el incipiente mozárabe, participando de influencias orientales muy particulares y originales.

De esa peculiaridad mozárabe se deduce que sea una iglesia más bien reducida —ermita, la llaman muchos, tanto por su situación cuanto por su escasa superficie—, sin grandes ornamentaciones, ni exteriores ni interiores, casi sin fachada definida, propia de una época en que los devotos fieles que la frecuentaran buscaban tan sólo un lugar de oración.

Hace unos treinta años se podía advertir, con absoluta identidad, una especie de torreón superpuesto a la cúpula del crucero, construcción típicamente medieval que, a nuestro parecer, se ha derruido con ánimo de devolver al edificio su, sin duda, auténtico primitivismo, pero sin perspectivas de conservar lo que la historia

viviente fue acumulando como aportación positiva. Una restauración desafortunada ha venido a romper el conjunto arquitectónico del monumento que, como tal, merecería un respeto sagrado, perdiendo mucho de lo que venía configurando a Melque y sin obtener ningún resultado satisfactorio, para no pocos entendidos.

Es verdad que, considerada la construcción como “una pieza capital del estilo mozárabe en cuanto al tiempo y en cuanto al espacio”, “el único resto llegado a nuestros días de construcción realizada por cristianos dentro de territorio perteneciente al Islam” y con aditamentos fuertemente expresivos, como signo de una época MELQUE, tanto por fuera como, particularmente por dentro, es el edificio religioso-cristiano más singular de todo el centro-sur de la Península, ya que la ermita de Bobastro pertenece a otro tipo de construcciones.

Siguiendo las ideas de ESPINOSA CILLA, no podemos por menos de transcribir lo que ella dice en su repetida obra: “. . . Santa María de Melque ha perdurado como una muestra visible de esta encrucijada histórica, cultural, artística y religiosa que en el plano físico representa un núcleo cristiano dentro de tierra musulmana, en lo cultural es la tradición hispano-romana sostenida por el mundo visigodo, en lo artístico representa la parte más avanzada de los dos momentos en que puede dividirse el período pre-románico de la Península y en lo religioso supo mantener el germen de la genuina Iglesia española y sostenerlo para que posteriormente fecundase al ser transmitido a los nuevos reinos cristianos.

Sus ásperos muros de sillería son como la iglesia visigoda que representa; su planta está compartimentada, fragmentada en mil espacios distintos, cada uno de los cuales parece aislado del anterior. Es como si en ella hubiera de darse culto a un Dios que ya no es el triunfal venerado en las grandes basílicas con apoteósicas ceremonias. . . , el Dios de Melque es el redentor, el que exige esfuerzo, trabajo, sacrificio.

Santa María (de Melque) es la iglesia que ofrece rincones recoletos para la meditación del filósofo contra la herejía en tiempos duros y conflictivos, es la iglesia que se opuso al arrianismo o a la doctrina del monje (sic) Elipando. . . ; es la iglesia propia de los frailes que escriben y oran; es la iglesia del Dios que, por creerlo inmanente y eterno, se refleja mejor en los espacios pequeños, en las estrecheces del arco de herradura, en las entradas humildes y apenas señaladas. . .

Su contemplación produce un cierto impacto, no sólo por lo que podría llamarse su fiera belleza, sino porque además araña un poco en el fondo del alma la evocación de la idea de que allí, en el interior de aquellos espacios determinados por sus hoscos muros y bóvedas, en ese ambiente de irrealidad que dan los finos haces de luz al caer desde las estrechas ventanas cruzándose en el centro de sus naves, latía dentro de la oscuridad de los siglos IX y X un núcleo de vida en el que estaba desarrollando lo que hoy es nuestra lengua, lo que hoy es nuestra nacionalidad, y lo que hoy es nuestro Dios”.

La cita, casi al pie de la letra, puede parecer excesiva, pero constituye, a nuestro modo de ver, una de las mejores formas objetivas y reales, literarias y poéticas, espirituales y religiosas, y estructurales-arquitectónicas, de describir Santa María de MELQUE.

2. EL CULTO EN LA IGLESIA DE MELQUE.

Hemos de comenzar confesando que muy poco podemos expresar con objetividad sobre la liturgia y la actividad cultural en Melque; la cultura mozárabe y templaria influyó, sin duda, en la ornamentación del templo, en la posición del altar principal y laterales, en la situación del cementerio y, desde luego, en la factura de las imágenes y en la veneración concreta que se les tributara.

Los únicos datos que poseemos sobre todo esto, prescindiendo de las imágenes de Nuestra Señora, son los que, ya en una época muy tardía, recogió y nos transmitió el ya referido don Manuel de Muncharaz, cura párroco de La Puebla de Montalbán, que visitó la iglesia y la debió examinar detenidamente.

Ya, de entrada, denomina “Santuario” o Ermita a la Iglesia que, para él tan sólo habría sido de los Templarios del Convento de Montalbán.

Describe la superficie y anchura del monumento, sus paredes y forma de construcción, su altura y sus tragaluces, la oscuridad que atribuye al humo y a la humedad; todavía pudo observar los huecos para dos campanas, aunque solamente existía una; destaca el altar mayor “donde está Ntra. Sra. de Melque”, así como el altar de Ntra. Sra. del Socorro.

Cita lo que él llama “Camarín” o trasaltar, así como la Sacristía.

Fuera del ámbito del santuario, una construcción para hospedería y otra como habitación del santero, cierran el conjunto por la parte del Occidente, según su terminología.

En resumen, podemos concluir que, según los datos ofrecidos, a finales del siglo XVIII la Iglesia podía ya considerarse tan sólo como simple ermita, con un culto más bien escaso y pobre, un escaso refugio para peregrinos y otro no más amplio para el ermitaño. Las imágenes no las destaca, aunque se pudieron estudiar posteriormente.

Restos de estuco para la ornamentación interna —prescindiendo del legendario oro que recubriera las paredes— todavía hemos podido observar por los años cuarenta, pero el estilo difícilmente se puede atribuir a épocas anteriores al siglo XVII.

Como insinuamos más arriba, el abandono y las inclemencias del tiempo deterioraron por completo cuanto de cultura y de culto vivo constante hubo, sin lugar a dudas, en los siglos pasados.

3. LAS IMAGENES DE SANTA MARIA

Desde el año 1936 no conservamos ninguna de las DOS imágenes de Sra. María de Melque —o de Melque y del Socorro— que, como procedentes de la iglesia a que nos acabamos de referir y a las que más arriba aludíamos, se seguían venerando en La Puebla de Montalbán y en San Martín.

Por suerte, el Conde de Cedillo pudo admirar las DOS y nosotros mismos tuvimos la dicha de contemplar la que se custodiaba y veneraba en San Martín; la impericia y falta de valoración no nos permitió ponderar la importancia de aquella imagencita, moreneta y sonriente, de rostro apacible y sencillo que, arropada en telas dieciochescas, en medio de un arco barroco, ofrecía a los devotos, con un encanto singular, un precioso Niño, también vestido, y una fruta desconocida: la llamábamos la VIRGEN DEL SOCORRO, ¿cómo la había ya denominado el Cura Muncharaz? ¿cómo la titularon los cofrades de la numerosa y caritativa Hermandad que le rendía culto? ¿Cómo la invocaron los sencillos devotos que no sabían más que lo que sacaron en claro de su ingénua religiosidad popular?

Resulta difícil la cuestión.

Ya sugerimos la problemática que se venía manteniendo so-



F. Borado

bre las DOS imágenes, pues mientras que los devotos de La Puebla sostenían que la imagen allí venerada era la auténtica que recibiera el culto en el altar mayor o central del santuario de Melque, los de San Martín, sin prescindir de la advocación del Socorro, también defendían que, a pesar de lo que pudiera escribir don Manuel de Muncharaz, la verdadera imagen de Ntra. Sra. de Melque era la que, en retablo relativamente moderno, recibía la veneración popular frente a la entrada normal de la iglesia, que se abre desde el Norte.

La familia GONZALEZ-SEPULVEDA, de San Martín, de la que quedan algunos miembros que no pueden ofrecer ya pormenores sobre la imagen y en la que había varias mujeres que se llamaban “Socorro”, dirigía la Hermandad y cuidaba del altar, retablo e imagen; la familia GONZALEZ GARCIA-CUERVA, que conoció muy bien el altar, retablo e imagen, particularmente la todavía superviviente, MARIA, asegura que la imagen de la titulada Virgen del SOCORRO era la auténtica de Santa María de MELQUE: observó y conoció muy directamente e inmediatamente la imagen, sobre la que, según otras parecidas tradiciones, más o menos legendarias, también se divulgó la relación popular de que los de La Puebla trataban de llevarse a sus ermitas la venerable imagen, mientras que ésta, ofreciendo una singular contrariedad al traslado, logró quedarse en la Parroquia del Lugar Nuevo.

La imagen —sigue diciendo María— estaba hueca por la espalda, lo que supone que se trataba de un sagrario o relicario que en la época medieval contendría restos de mártires o confesores diversos y, posiblemente, el Sacramento de la Eucaristía.

En el siglo pasado, —continúa la referida María— se fundó una notable y muy numerosa Cofradía, formada tan sólo por varones que, deseosos de hacer realidad el título de la imagen, socorrían con pan y otras formas de limosnas cristianas a los necesitados del pueblo y de otras poblaciones circunvecinas, particularmente con ocasión de la anual festividad que se celebraba el Domingo de Pentecostés de cada año.

En la Puebla de Montalbán tuvieron siempre como auténtica la imagen de Ntra. Señora de Melque, tal como se venerara en su Iglesia medieval desde el siglo XIII, conservada en la Ermita de San José, cerca del camino hacia Alcubillete.

Los devotos de la imagen fundaron una Hermandad, integrada, particularmente, por labradores y, después de trasladar la sagra-

da efigie desde la referida ermita hasta la Iglesia parroquial, le dedicaban devota novena y solemne festividad el segundo domingo después de Pascua, aunque algunos aseguran que la procesión por las calles de la villa tenía lugar siempre el primer domingo de mayo.

Particular veneración ofrecían a la susodicha imagen en ocasiones de calamidades y temporales adversos, sobre todo en las tradicionales "sequías" que asolaban los campos del sur del Tajo ya, de por sí, poco feraces: en estas situaciones el pueblo entero acompañaba a la Virgen de Melque por plazas, calles y ejidos de la localidad y todos, conjuntamente, participaban en la popular rogativa con cánticos y letanías, mientras en determinados parajes de las afueras de la población, detenida la imagen y su cortejo, interpretaban plegarias especiales y, a voz en grito, no dejaban de repetir, "Agua, agua, Virgen de Melque!"

Después del año 1936 desapareció la venerada imagen, consumida en pavesas junto con otras obras del más puro arte y más tradicional historia; pero la familia formada por una rama de los GARCIA-TENORIO consiguió guardar entre los enseres de un pajar, el estandarte de la mencionada Cofradía, tal y como había sido confeccionado en Madrid por los años 1913-1915, pero que no reflejaba con precisión ni los rasgos ni el conjunto policromo de la efigie, aunque sí ofrecía cierta idea de la misma.

Ya insinuamos anteriormente la cuestión de las DOS imágenes tenidas como precedentes de la Iglesia de Melque, sin duda, e instaladas en iglesias parroquial y ermita de San José de San Martín de Montalbán y La Puebla, respectivamente.

Algún erudito moderno, fundado en no sabemos qué documentación, prejuzga que la imagen denominada por el Párroco de La Puebla —en 1788— Nuestra Señora del Socorro, procedería del oratorio o capilla del Castillo de Montalbán; la idea no es totalmente nueva, ya que se decía lo mismo entre algunos vecinos de Lugar-Nuevo. Tal vez pudiera ser así, pero, si los feligreses de La Puebla siempre creyeron que la imagen titulada de Melque, y que se veneraba habitualmente en la Ermita de San José, era la auténtica que recibió culto secular en el recinto sacro del ábside central de la iglesia visigótica-mozárabe-prerrománica a que nos venimos refiriendo, los devotos de San Martín entendieron siempre que la efigie titulada del Socorro, era la verdadera Santa María de Melque sin entrar en disquisiciones, aunque sosteniendo su idea en diversos fundamentos que les habían imbuído investigadores y técnicos.

En el año 1844 vende don Bernardino Fernández de Velasco, Conde de Montalbán el paraje de Melque, con todo lo que contiene, a don Andrés Uclés y Quevedo, desapareciendo el culto público en la Iglesia y trasladándose las imágenes que allí viera y describiera don Manuel de Muncharaz, en el referido año de 1788, a La Puebla y San Martín, con la común leyenda antes consignada de la resistencia de una imagen a ser trasladada fuera del Lugar-Nuevo. Lo cierto es que UNA imagen fue a parar a La Puebla y se la titulaba Nuestra Señora de Melque y OTRA, titulada del SOCORRO, pero también procedente de Melque, se veneraba popularmente con este último título, —sin prescindir del anterior— entre los devotos y cofrades de San Martín.

El Conde de Cedillo contempló *ambas* imágenes en los comienzos de nuestro siglo o finales del anterior: refiérese a la que halló en La Puebla en el núm. 336 de su Catálogo, diciendo que “En la ermita de San José, sita en las afueras, a la derecha del camino de Alcubilete” encontró la “Virgen de Melque. Efigie en talla. . .”

“La señora aparece sentada, cubre en parte su cabeza con el manto y encima ostenta, por corona, un simple aro. Con su mano derecha presenta la tradicional poma al Niño, que, sostenido por la izquierda de la Virgen, está de pie sobre la rodilla izquierda de su Madre. El divino Infante viste sencilla túnica, aparece en actitud de bendecir y no trae libro ni corona,

Altura, 0,64 m. Escultura medieval cristiana, Siglo XIII”.

Y continúa en caracteres más menudos: “Es una efigie románica, que ha sido malamente repintada en época moderna. Procede del antiguo santuario de Melque, que perteneció durante siglos al término de La Puebla y hoy corresponde al de San Martín de Montalbán (Lugarnuevo)”. En aquel santuario recibió ferviente culto largo espacio de tiempo hasta que, maltrecho y abandonado el edificio, entre los años 1840 y 1845, la imagen fue trasladada a La Puebla.

Más amplias noticias de esta imagen, de su culto y del santuario en que se veneró pueden verse en mi trabajo *Un monumento desconocido. Santa María de Melque (Provincia de Toledo)*, publicado en la revista madrileña *Cultura Española*, núm. VII (Agosto de 1907), pág. 815”.

El mismo escritor, refiriéndose a San Martín de Montalbán, en el número 350 del citado *Catálogo Monumental de la Provincia*

de Toledo, dice: "En la iglesia parroquia: 'Virgen del Melque'"

Efigie de talla, sentada, sin corona, con calzado algo puntiagudo. Sobre su rodilla izquierda está sentado el Niño, que viste túnica y presenta una manzana en su diestra.

Altura, 0,58 m. Escultura medieval cristiana. ¿Siglo XIII?"

Determina, como en el número 336, la procedencia, en caracteres inferiores, diciendo:

"Procede de la antigua ermita de Melque, posesión que fue de Templarios, sita en el mismo término municipal. Ha sido torpemente restaurada, y, por traer ropaje extraño sobrepuesto no pueden apreciarse bien los detalles".

A esta doble descripción de imágenes de la Virgen de MELQUE casi nada más se puede añadir.

En la Puebla de Montalbán no hemos podido localizar vecino alguno que dispusiera de datos de memoria para añadir, modificar o contradecir lo anotado por el Conde viajero, descubridor y publicista; tan sólo se pueden complementar los datos por él descritos con los escasos que proporcionara el estandarte de la Cofradía, conservado hasta nuestros días, pero que fue confeccionado con escasa fidelidad al modelo de la efigie y estaba ya viejo y deteriorado cuando se pudo estudiar, según anteriormente sugerimos.

En San Martín, sin inclinarnos, por supuesto, por prejuzgar que se tratara de la imagen más notable, o más venerada, o más digna de ostentar el título de *Melque*, hemos recogido lo que arriba queda anotado, a lo que podemos añadir algún dato más: la reiterada María González García-Cuerva sí se inclina por que la imagen vulgarmente titulada del Socorro, con Cofradía de la misma advocación, era la verdadera de *Melque* y trata de fundamentarlo en dos datos divididos por ella misma: por el año 1934, —recuerda con absoluta claridad— unos alemanes vinieron a San Martín tratando de investigar sobre la Virgen de Melque y al mostrársela en la misma, según se veneraba en esta Parroquia bajo la advocación del Socorro e insinuarles que "también" había otra imagen "de Melque" en La Puebla, contestaron que ésta les interesaba menos, porque según sus investigaciones, no representaba a la auténtica y sí lo sería la que trataban de estudiar en San Martín; más aún: esos mismos —u otros con análogos fines— estuvieron en esta misma Parroquia por el año 1942 y manifestaron que habían llegado a la misma conclusión que los anteriores, aunque, lógicamente, como veremos, no encontraron ya imagen alguna. . .

Como hemos sugerido ya, se presenta el problema de las DOS IMAGENES; para algunos, esto carece de toda particularidad, como para quienes aseguran que, hasta principios del siglo XVIII, sólo se veneraba una imagen en la iglesia cisterciense-templaria —puesto que no hay constancia exacta sobre la veneración de efigie alguna en los tiempos estrictamente mozárabes— y la que don Manuel Muncharaz llama a fines de este siglo Virgen del Socorro podría haber sido trasladada al templo visigótico-mozárabe desde la Capilla del Castillo de Montalbán; o para quienes bien pudiera existir primitivamente *una sola imagen* que, por devoción posterior, se duplicara y, al mismo tiempo, cambiara el título y advocación: la más antigua correspondería al monasterio del Císter en el siglo XII —año 1190, aproximadamente— y la más moderna a la época de los Templarios, por el año 1214, pasada la batalla de Las Navas.

Tal fenómeno *de duplicidad de imágenes* se da, por no ir más lejos, en la S. Iglesia Primada cuando se sustituye la más antigua y primitiva efigie de Santa MARIA DE TOLEDO, todavía existente, por otra algo posterior, también titulada como la primordial, pero que después pasó a venerarse como Nuestra Señora del Sagrario y hoy se sigue advocando como tal.

Si volvemos a las descripciones del Conde López de Ayala, nos encontramos con que la imagen venerada en la Puebla y la que recibe culto en San Martín tienen el mismo título de “VIRGEN DE MELQUE”, según hace constar él: una y otra son de talla, están en actitud sedente y tienen al Divino Niño sobre su regazo y en su lado izquierdo, concretamente sobre la rodilla de este lateral, en un caso de pie y en el segundo, sentado. La de La Puebla fue mejor observada y estudiada por el investigador, pero, en cualquier caso, el Infante viste túnica, mientras en la de esta población está en actitud de bendecir y en la de San Martín presenta una manzana en su mano derecha; la imagen de esta Parroquia no pudo ser bien estudiada por el infatigable recopilador de datos, pero éste no dejó de advertir el calzado puntiagudo de la efigie, lo que no constata en la otra. Mientras en la de La Puebla da por fecha no cuestionable el siglo XIII, duda, con interrogante, sobre este siglo para la de San Martín.

¿Qué pasó con las IMAGENES en el año 1936?

¿Fueron destruídas, reducidas a polvo, robadas y trasladadas a museos extranjeros o colecciones particulares?

Nada seguro podemos decir, sin embargo, el M. I. Sr. RIVERA RECIO, investigador e historiador toledano singular, recibe en el mismo año 1939 el encargo de recopilar datos sobre el desastre sufrido por la Archidiócesis de Toledo desde el 19 de julio de 1936, recaba testimonios de primera mano y publica en 1945 *La persecución religiosa en la diócesis de Toledo (1936-1939)*

Es curioso observar que, al tratar de La Puebla de Montalbán (Tomo II, págs. 250-252), nada diga sobre la imagen de la Virgen de Melque: habla, en general, de saqueos y profanaciones, incautaciones y despojos y “el culto estuvo suprimido desde el 24 de julio al 24 de septiembre. . .; posteriormente se procuraron reparar los daños sufridos en los objetos y enseres del culto”. Nada, pues, ni negativo ni positivo, se ha vuelto a saber, desde 1936, de dicha imagen, salvo que desapareció de la ermita de San José. Es también curioso tener en cuenta que, cuando en 1928, don Lino Ramos Fernández, cura párroco de La Puebla envió al Arzobispado relación de lo más notable de su feligresía, para publicarlo en el ANUARIO DIOCESANO que vió la luz en 1929, nada dijera, ni de la Ermita de San José, como tal, ni de la imagen de la Virgen de Melque, ni de su Cofradía, lo que presumiblemente indica que habría poca devoción en la villa por estos valores religiosos.

Por el contrario, don Eusebio Jiménez Tapial, a la sazón cura párroco de San Martín, constata la existencia de la Cofradía del Socorro y, de una manera expresa cita: “En la iglesia hay una imagen de Nuestra Señora (s. XI ó XII), procedente de la antigua ermita del Melque”. No puedo asegurar que don Eusebio (que, por cierto me bautizó, haciéndome miembro de la Iglesia Católica) fuera buen historiador y discernidor del arte, sus estilos y sus épocas; pero ya advertí anteriormente que por el año 1934, en que el Sr. Jiménez Tapial ya era párroco de esta feligresía, habían venido investigadores alemanes buscando, precisamente, la auténtica imagen de la Virgen de Melque: sin duda consultarían al cura párroco sobre el asunto y, tal vez, con su anuencia, estudiaron la imagen; ¿por qué no tratarían sobre este tema en conversaciones pausadas y dieran pistas sobre la factura y tiempo de la talla de la efigie. . .? don Eusebio hace constar quién había trazado y realizado —año 1633— el soberbio retablo mayor de la iglesia de San Andrés Apóstol y quiénes lo decoraron; destaca la singular custodia de plata del siglo XVII —conservada, como después veremos—, la rica urna del monumento y otros datos histórico-artísticos que hoy conocemos

gracias a él, ya que casi todo quedó devorado por las llamas.

El informante, en 1939, —San Martín estuvo sin culto público hasta el 1 de abril de 1939— que sería don Francisco Peces Cabelta o don Gregorio Sánchez Sánchez, ambos supervivientes hasta nuestros días, aunque incapacitados para aportar datos seguros, advirtieron que “las imágenes y objetos del culto, reunidos en la sacristía del templo, fueron al poco tiempo —probablemente dentro del año 1936— trasladados al Ayuntamiento, donde estuvieron hasta muy pocos meses antes de la terminación de la guerra; por estas fechas llegó al pueblo uno que se decía Delegado del Gobierno de Madrid y encargado de llevar a mejor recaudo lo que allá se encontraba depositado, sacando del pueblo tres campanas, una custodia procesional de plata labrada. . ., veintidós imágenes, una de ellas procedente de la iglesia visigoda de Santa María de Melque, extraordinaria por su valor histórico y artístico y todos los ornamentos y ropas . . .”

A finales del mismo año 1936 y en las dependencias del Gobierno Civil instalado en Ocaña, se recuperó la custodia, una cruz procesional de plata, tres portapaces, un cáliz y un copón, un incensario y una muy original naveta de plata.

¿Qué fue de la imagen de la Virgen del santuario de Melque?

Dado su valor y sus características, difícilmente pudo ser destruída a fines de 1938 o comienzos del 39, máxime cuando intervendrían en su traslado desde San Martín a Madrid u Ocaña algún entendido, anticuario o erudito en la materia: hay indicios bastante seguros de que un San Francisco, tenido como de El Greco, desapareció de la Parroquia de Los Yébenes, “que se dice que fue robado por el mismo anticuario que vino delegado del Gobierno. . .” y datos seguros sobre apropiaciones, para colecciones personales, que, del tesoro de la Catedral Primada, hicieran algunos, precisamente responsables entonces de la conservación para disfrute común, del mismo tesoro.

La Excma. Diputación Provincial de Toledo ha asumido la responsabilidad, ardua, por cierto, de rescatar definitivamente la joya de las edificaciones de Santa María de MELQUE, en término de San Martín de Montalbán y conservarla conforme exige la valía del monumento.

La Asociación Cultural “MONTES DE TOLEDO”, por su parte, asumió el compromiso de restablecer el culto a SANTA MARIA DE MELQUE: para ello recogió datos para disponer

de una nueva imagen (qué gloria adquiriría la Asociación si lograra recuperar la imagen de Ntra. Señora de Melque, que salió de San Martín antes de terminar la guerra civil y no está sino “perdida”), que encargó al artista toledano Luis Martín de Vidales y se venera por los devotos de la misma Asociación y por los romeros de San Martín y La Puebla.

En 1980 fue modelada la nueva efigie y a finales de 1981 entregada a la Asociación que la dio a conocer al público, en general, de las dos parroquias antedichas.

Más tarde se presentó oficialmente a los Monteños de Toledo y, con la debida licencia eclesiástica, fue bendecida y restablecida al culto la antiquísima advocación de MELQUE, cuando el párroco de Santa Eulalia de Toledo, M.I. Sr. don Enrique Carrillo Morales, dio a venerar la imagen en la solemne Misa Mozárabe que celebró en su Parroquia el 6 de febrero de 1982.

San Martín de Montalbán y La Puebla, en devota alternativa anual, dedican el segundo domingo de mayo de cada año a venerar, en devota y popular romería, la memoria de SANTA MARIA DE MELQUE, mientras los fundadores y Directivos de la Asociación Cultural “MONTES DE TOLEDO”, quieren, también, instituir una COFRADIA que, de manera sistemática, organizada y ferviente, dé culto a Santa María, Madre de Dios y de la Iglesia, en la nueva efigie de la Virgen de MELQUE, porque la evocación de MELQUE es mucho más que la más primitiva iglesia cristiana de la parte sur de la Península Ibérica y mucho más que unas imágenes desaparecidas.

BIBLIOGRAFIA

- CABALLERO ZOREDA, L.: *La Iglesia y el Monasterio Visigodo de Santa María de Melque*. . .; Madrid, 1980.
- CEAN BERMUDEZ, J.A.: *Sumario de las Antigüedades Romanas que hay en España*; Madrid, 1832. (Melche o Melque).
- CEDILLO, Conde de: *Un Monumento desconocido: Santa María de Melque (provincia de Toledo)*, en "Cultura Española", 7, (1907), (815-845).
ID: *Catálogo Monumental de la Provincia de Toledo*; Toledo, 1959, Artic. San Martín de Montalbán.
- ESPINOSA CILLA, A.: *Santa María de Melque*; León, "Everest", 1979.
- FERNANDEZ ARENAS, J.: *La Arquitectura Mozárabe*; Barcelona, 1978.
- GOMEZ MORENO, M.: *Iglesias Mozárabes*. . .; Madrid, 1919. *Santa María de Melque*.
ID: *Arte Mozárabe*, en "Ars Hispaniae", Vol. III; Madrid, 1951, *Santa María de Melque*.
- JIMENEZ DE GREGORIO, F.: *Los Pueblos de la Provincia de Toledo*. . .; Toledo, 1966. Artic. Puebla de Montalbán.
- LOPEZ, T.: Ms. en B.N., sign. 7309, fols. 330v. a 360, *Santa María de Melque*.
- MADOZ, P.: *Diccionario Geográfico*. . .; Madrid, 1850, T. XI, Art. "Melque" (sic.)
- VIÑAS REY, C. y PAZ, R.: *Relaciones*. . . de los Pueblos de España; Madrid, 1951. Artic. El Carpio.

Pedro Guerrero Ventas

Canónigo de la S.I. Catedral Primada, Profesor del Seminario-Estudio Teológico de San Ildefonso y Fiscal General del Arzobispado, trabaja también en Cáritas Diocesana y en otros campos eclesiales y literarios.

Nacido en San Martín de Montalbán (Toledo), el 29 de abril de 1928, cursó estudios sacerdotales en el Seminario Metropolitano de Toledo (1940-1952) y se doctoró en Derecho Canónico por la Universidad Pontificia de Comillas, con la tesis: El Gran Priorato de Castilla y León en el Campo de La Mancha, publicado por el I.P.I.E.T., 1969.

En 1971, también en el I.P.I.E.T., publicó una tesina sobre la situación socio-económica de la Zona de los Montes de Toledo y Jara Alta.

Es Consejero del I.P.I.E.T. y miembro de la Cofradía Internacional de Investigadores.

Ha dado a conocer el Índice de los fondos del desaparecido Archivo Prioral del Castillo de Consuegra —Toledo, 1985— y anteriormente había hecho una semblanza sobre Santa María de Toledo - Ntra. Señora del Sagrario; Toledo, 1983.

En 1987 publicó su discurso de apertura de curso en el Seminario-Estudio Teológico de San Ildefonso, sobre Concilios y Sínodos de Toledo y prepara un folleto de divulgación sobre la insigne toledana, casi desconocida, Ana de San Bartolomé.

INDICE

	Págs.
INTRODUCCION	5
I. RECUERDOS DE OTROS TIEMPOS	7
II. SITUACION	9
III. ¿UN POCO DE HISTORIA?	17
1. La época visigótica-mozárabe de Melque	22
2. Desde la Reconquista	28
3. La salida de los templarios y el abandono de un monumento	30
IV. ARTE, CULTURA Y RELIGIOSIDAD	35
1. La iglesia de Melque en el arte hispánico	35
2. El culto en la iglesia de Melque	39
3. Las imágenes de Santa María	40
BIBLIOGRAFIA	50
BIOGRAFIA	51



Ultimos títulos publicados:

- 50.- *Música y músicos en Toledo*, por Manuela Lourdes Herrejón.
- 51.- *Estudio geográfico histórico de la villa de Almorox*, por Máximo Parro Carrasco.
- 52.- *El pronunciamiento carlista de Talavera de la Reina*, por Félix Rubio López de la Llave.
- 53.- *El mazapán de Toledo, un manjar con historia*, por Luis Moreno Nieto.
- 54.- *Vida y empresas del arzobispo D. Pedro Tenorio*, por Almudena Sánchez-Palencia Mancebo.
- 55.- *Los molinos de la Mancha*, por Juan Carlos Fernández-Layos de Mier.



De próxima publicación:

- *La Guerra Carlista. 1833-1840*, por Hilario Rodríguez de Gracia.
- *Don Juan Manuel y el Señorío de Escalona*, por Clemente Palencia Flores.
- *El motín de Toledo de 1808*, por Fernando Jiménez de Gregorio.



En preparación:

(El orden que se indica no será siempre el de aparición)

- *Cervera de los Montes*, por José Gómez-Menor Fuentes.
- *Bandoleros en los Montes de Toledo*, por Ventura Leblic García.
- *Romancero de Caleruela*, por Rosa Almoguera.
- *El Colegio de los Doctrinos*, por Gabriel Mora del Pozo.



toledo

diputación provincial